

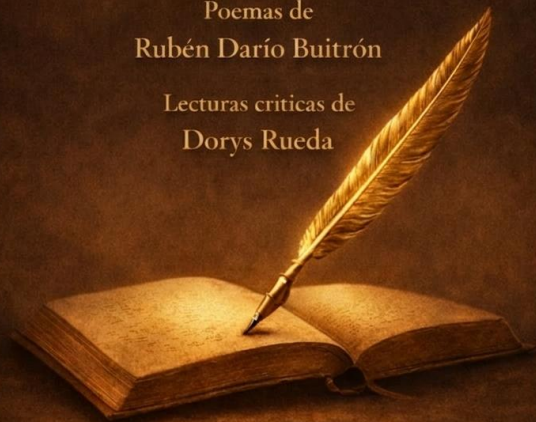
A woman's face with long, wavy, golden hair that appears to be glowing with a soft, ethereal light. The background is dark and textured, making the light from the hair stand out.

VRI

31 sentidos y un mito

Poemas de
Rubén Darío Buitrón

Lecturas críticas de
Dorys Rueda



VRI: 31 sentidos y un mito

Rubén Darío Buitrón

Dorys Rueda

2026

Edición general

Dorys Rueda

ISBN: 978-9907-0-1123-4



Periodismo & Literatura



Derechos de los autores: QUI-071388

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de los autores.

CONTENIDO

Prólogo 1	1
Prólogo 2	4
Presentación de Vri	7
Comentario	10
El universo de Vri	13
¿CÓMO LEER A VRI?	14
LA ESTÉTICA DE VRI	16
VRI Y EL LENGUAJE	19
PALETA DE COLORES DE VRI	21
LOS SILENCIOS DE VRI	24
LA RESPIRACIÓN DEL CICLO	26
EL PULSO DEL CICLO	28
LOS SÍMBOLOS DE VRI	31
ESTRUCTURAS DEL CICLO	35
FASES DEL CICLO E ÍNDICE EMOCIONAL	38
CUADRO DEL CICLO VRI	40
MAPA VISUAL DE LA ESPIRAL	46
MANIFIESTO DE LA ESPIRAL	48
CARTA A VRI	51
Antes del ciclo Vri	53

COMENTARIO	55
Ciclo Vri	57
Vri 1: El temblor	57
POEMA	58
COMENTARIO	61
Vri 2: El asombro.....	64
POEMA	65
COMENTARIO	66
Vri 3: La pregunta.....	69
POEMA	69
COMENTARIO	71
Vri 4: El deslumbramiento	74
POEMA	75
COMENTARIO	77
Vri 5: El riesgo	80
POEMA	81
COMENTARIO	82
Vri 6: Después de la batalla	85
POEMA	86
COMENTARIO	88
Vri 7: El domingo de las voces ocultas	91
POEMA	92
COMENTARIO	94

Vri 8: La vulnerabilidad.....	97
POEMA	98
COMENTARIO	100
Vri 9: La levedad que desarma.....	103
POEMA	104
COMENTARIO	106
POEMA	111
COMENTARIO	113
Vri 11: La plenitud del deseo	116
POEMA	117
COMENTARIO	118
Vri: La intensidad	121
POEMA	122
COMENTARIO	124
Vri 13: La plenitud que no se exhibe.....	127
POEMA	128
COMENTARIO	130
Vri 14: Lo que nunca fuimos	134
POEMA	135
COMENTARIO	137
Vri 15: Tristeza de tristezas	140
POEMA	141
COMENTARIO	144

Vri 16: La urgencia que no descansa.....	148
POEMA	149
COMENTARIO	151
Vri 17: La pérdida de sí.....	154
POEMA	155
COMENTARIO	157
Vri 18: La madrugada que asume lo imposible	160
Poema	161
COMENTARIO	163
Vri 19: El regreso a sí mismo.....	166
POEMA	167
COMENTARIO	168
Vri 20: El lugar donde el amor ya no obedece	171
POEMA	172
COMENTARIO	174
Vri 21: El amor	177
POEMA	178
COMENTARIO	180
Vri 22: Todo será silencio desde ahora	183
POEMA	184
COMENTARIO	186

Vri 23: El amor que me habita.....	189
POEMA	190
COMENTARIO	192
Vri 24: El amor que atraviesa los tiempos..	195
POEMA	196
COMENTARIO	198
Vri 25: El eco que no cede	201
POEMA	202
COMENTARIO	203
Vri 26: ¿Quién eres, Vri?	206
POEMA	207
COMENTARIO	208
Vri 27: La puerta	211
POEMA	212
COMENTARIO	214
Vri 28: Cuando Vri se vuelve mito.....	217
POEMA	218
COMENTARIO	220
La despedida.....	223
POEMA 1: LA CONCIENCIA DEL ERROR.....	223
POEMA 2: EL AMOR QUE PERMANECE	226
COMENTARIO	228
Lo que el poeta no dijo de Vri.....	232

Epílogo.....	234
Los autores	238
RUBÉN DARÍO BUITRÓN	238
DORYS MARGARITA RUEDA RODRÍGUEZ.....	241

Prólogo 1

El encuentro con Vri:

De la realidad a la imaginación y viceversa



Rubén Darío Buitrón

Cuando pensé cómo nombrar a Vri en mis poemas hice una serie de juegos semánticos que, sin ser explícitos, fueran conformando un personaje al mismo tiempo en situaciones reales e imaginarias.

Ese fue mi primer argumento y mi primera convicción. Durante años había estado explorando aquella posibilidad de escribir poemas que fueran una

suerte de recopilación de historias que tuvieran un eje narrativo común: el amor y el desamor como una sola estructura de la vida afectiva.

Ahí se me presentó un problema estructural de forma y fondo: no debía generar interpretaciones subjetivas, especulaciones o dudas.

Desde ciertas lecturas y miradas, lo que yo dijera sería verdad o ficción, pero una lectura equívoca no entendería que lo que escribo lo hago desde mis percepciones, sentimientos, reflexiones, sueños, ilusiones, deseos. ¿Quién podría precisar si todo lo que yo describo, imagino o recuerdo tiene que ver con una realidad concreta o con realidades que construyo?

Entonces opté por otra estrategia. Contar mis historias, mis poemas, con nombres simbólicos. De nuevo me puse a jugar con lo semántico, a tratar de inventar un símbolo y a investigar nombres de mujeres en la historia universal y de personajes femeninos de novelas, de películas y de versos ancestrales crípticos, no evidentes.

Muchos me parecieron sonoros, rotundos, hermosos en su grafía, bellos en sus formas y en su manera de pronunciarlos.

Así empecé a borronear algunos nombres, pero vino un segundo problema: me di cuenta que los personajes de los que hablaban mis poemas no necesariamente expresaban lo que imaginaba.

Tras años de escribir y buscar, y mientras las percepciones iban adentrándose en mí como algo que

crecía de manera irreversible y desde la necesidad de escribir y de escribirla, surgió Vri como un nombre mágico y un personaje definitivo y decisivo.

Desde la nomenclatura críptica y desde los sentidos, desde el sentimiento persistente y la palabra que vuela de la metáfora hacia la acción y viceversa, creo que mi personaje es contundentemente humano y diverso, con altos y bajos, con cercanías y distancias.

Al hablar de Vri desde lo humano intento que los lectores vibren, compartan, sientan. Y pretendo dejar más de una reflexión, una duda, una inquietud, una emoción, un ideal, la necesidad de entender lo que la multiplicidad y diversidad del personaje significa y la identificación de quien lo lea desde su alma y sus propias experiencias.

Alguna vez, cuando publiqué uno de aquellos poemas (que son más de 100, por dar una cifra redonda), una lectora que hasta hoy sigue con atención y lealtad y curiosidad mis publicaciones diarias en Facebook, me escribió y preguntó, insistente, de dónde salió ese nombre y me pidió que le contara si era real o imaginaria.

Entendí, entonces, aquella frase tan rotunda de García Márquez: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

Y, por eso, mi respuesta fue sencilla:

-Vri es Vri.

Prólogo 2



Dorys Rueda

Este libro nace de una lectura que no quiso apresurarse. De quedarse un poco más en lo que seguía vibrando cuando el poema terminaba. De acompañar ese resto —a veces mínimo— que no se deja fijar, pero insiste.

Así he leído desde siempre la poesía de Rubén Darío Buitrón: con una admiración silenciosa, de esas que no necesitan proclamarse. Una cercanía que

aparece cuando se reconoce en otro una manera honesta y cuidadosa de escribir, una poesía que no exige velocidad y permite que cada verso encuentre su lugar en quien lee.

En ese ir y venir de poemas fueron apareciendo personajes mujeres. Volvían como luces breves: Zoé, Lu, Chloi, Mara, Brunn... Figuras que cumplían su ciclo dentro del texto y luego se disolvían dejando apenas un destello, una sensación que se apagaba con el cierre del poema.

Hasta que apareció Vri.

Al principio fue solo un nombre. Pero un nombre que no se cerraba al final del poema. Seguía respirando entre líneas, como alguien que, aun sin estar del todo, no terminaba de irse. Volvía. Permanecía. Sí, fui comprendiendo que Vri no era solo un personaje poético ni solo una mujer evocada. Era un punto de convergencia: una figura donde la experiencia, la memoria y la palabra se encontraban sin anularse. Una biografía que empezaba a volverse símbolo sin dejar de ser cuerpo, huella y afecto.

Hablar con el poeta ayudó a nombrar mejor esa intuición.

Él la inventa
y yo la renombro.
Él la imagina
y yo la acompaño.
Él la describe

y yo la leo (como si la reescribiera) hasta que se vuelve otra cosa.

Desde ahí se fue construyendo este libro: a partir de sus poemas y de mis lecturas, del modo en que ambos —sin proponérselo— fuimos rodeando una misma figura desde orillas distintas. No como suma, sino como resonancia.

Mi lectura no buscó explicarla ni descifrarla, sino permanecer cerca de aquello que quedaba vibrando después del poema.

Así comenzaron estas páginas. No para fijar sentidos ni traducir lo que no quiere ser dicho, sino para caminar junto al lector en ese temblor que Vri deja cuando aparece. Porque Vri no se aclara: se reconoce.

Y ese reconocimiento no llega de una vez ni de forma nítida. Primero es sombra. Luego, una claridad leve. Más tarde, ese espacio donde la vida y la palabra se rozan hasta compartir un mismo latido.

Desde ahí, Vri queda con el lector. No como una figura que se entiende, sino como una presencia que acompaña. Para quien quiera entrar sin prisa, leer despacio, respirar con ella y descubrir —quizá— aquello que en uno mismo también permanece, pero sin decirse.

Presentación de Vri



Rubén Darío Buitrón

Fueron palabras que chocaban en el aire de la noche,
Vri.

Palabras que no coincidían en sus sentidos,
pero sí en sus intensidades.

Así, sin sabernos, empezamos a extrañar
nuestros insomnios, conociéndonos sólo desde las
formas de las letras y desde las maneras de articular
frases en medio de las batallas de pensamientos.

Esas fueron nuestras primeras pasiones, Vri. Con ellas jugábamos a arrojarnos desde los puentes y los vértigos de las creencias y el disenso.

Tú decías que era azul y yo decía que era verde. Tú hablabas desde lo más íntimo de tus convicciones y éramos dos muros imposibles de derribar.

Pero luego, de repente, ya no fueron debates sino poemas los que, desde una magia secreta, volaban desde mi desnudez hacia la tuya sin tener en la memoria las formas reales de los cuerpos.

¿Cómo sucedió, Vri, que te hiciste necesaria y te hiciste urgente?

¿Cómo, si nuestras maneras de ver la vida eran tan disímiles e irreconciliables? ¿De dónde salieron los primeros versos que nos abrazaron, como si los desacuerdos también pudieran encender otro tipo de fuego?

Y llegamos a la urgencia de mirarnos a los ojos, sólo mirarnos a los ojos, no para zanjar las disputas sino para desafiar los disensos.

Una tarde tomamos un café anticipatorio, Vri. Y nos hablamos desde otras perspectivas.

Fue tan bello el asombro de tu rostro de ojos chispeantes y tu boca de dientes perfectos y tu blusa roja mientras te marchabas del lugar y yo me quedé con las sensaciones inéditas del encuentro.

Y vinieron las conversaciones nocturnas, Vri, pero ya no hablábamos de las noticias sino de los sentidos.

Después seguimos escribiéndonos y luego ocurrió lo del encuentro y lo de la cita para comer y lo del beso anhelante.

Así fue cómo nos volvimos irreversibles, Vri. Ya no era posible retroceder. Ya no quisimos retroceder.

Lo que vino después fue un llamado salvaje y persistente, eterno.

Comentario



Dorys Rueda

Hay comienzos que no se reconocen cuando ocurren.

No llegan con un gesto claro ni con una fecha precisa, sino como una leve alteración del ritmo: algo se mueve, algo incomoda, algo insiste sin saber todavía qué busca.

Eso es lo que aparece aquí.

Antes de que Vri sea poema —antes incluso de que pueda pensarse como figura— hay fricción. Dos miradas que no coinciden, dos convicciones

firmes que chocan sin anularse. No hay armonía inicial. Hay contraste. Y, sin embargo, en ese desacuerdo empieza a formarse algo compartido: la palabra.

El texto no avanza hacia un encuentro inmediato. Se detiene, más bien, en ese momento previo en el que la conversación deja de ser intercambio y empieza a volverse necesaria. Cuando discutir ya no alcanza y algo distinto —más hondo, más expuesto— comienza a decirse.

Vri aparece ahí. No como cuerpo ni como historia, sino como presencia verbal. Primero es diálogo, luego escritura, después una atención que se sostiene. No irrumpe: se filtra. Se instala poco a poco hasta que deja de ser posible ignorarla.

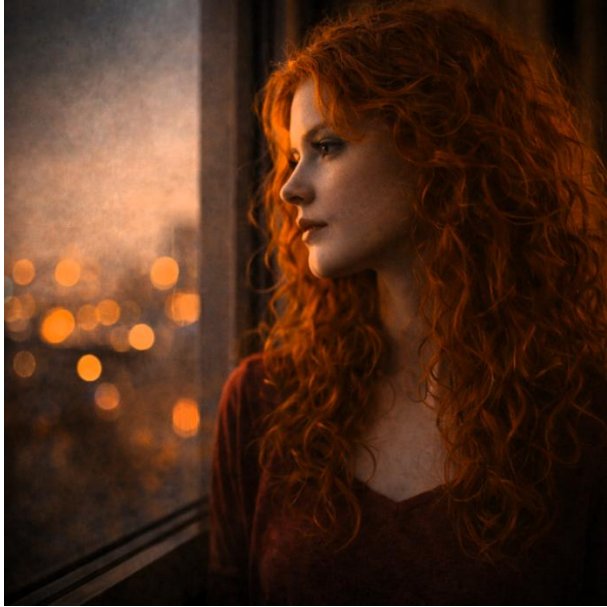
Pero ese tránsito no se queda en la palabra. Lo que empieza como lenguaje termina por buscar forma. Llega un momento en que la voz ya no alcanza y se vuelve necesario mirar, estar, comprobar. El encuentro sucede —casi sin aviso— y con él aparece algo distinto: la evidencia de que aquello que se construyó en la distancia también puede habitar un cuerpo, un gesto, una memoria concreta.

Y, sin embargo, no es el encuentro lo que define el inicio. Es la transformación que lo precede. El paso de la discusión al poema, del desacuerdo al vínculo, de la idea al temblor.

Por eso este texto no narra un origen: prepara una disposición.

Deja al lector en el mismo umbral que habita el poeta: ese punto en que algo empieza a existir sin haber sido aún nombrado del todo, cuando la palabra deja de ser solo intercambio y comienza a pesar... y, finalmente, a encarnarse.

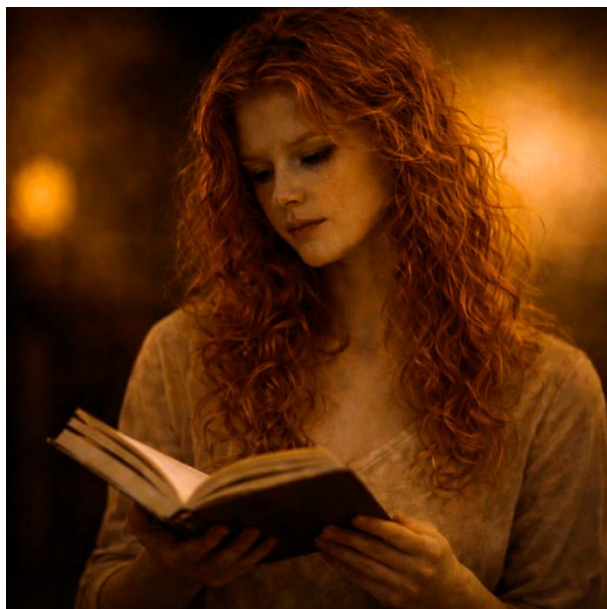
El universo de Vri



Dorys Rueda

¿Cómo leer a Vri?

Una invitación



Leer a Vri no requiere preparación previa. Basta con estar dispuesto.

Conviene avanzar despacio, como quien entra a una casa con luz tenue y permite que los ojos se acostumbren antes de mirar. No hay apuro ni recorrido obligatorio.

El libro se abre con una nota de lectura: una breve invitación que orienta la mirada sin imponerla. Después llega el poema, que es el centro de todo, el lugar donde Vri respira y se sostiene. Al final aparece

el comentario, no para traducir ni explicar, sino para quedarse cerca, acompañar lo que acaba de leerse, escuchar.

No se trata de comprender cada verso ni de buscar respuestas inmediatas. A veces basta con sentir el roce de una palabra, dejar que una duda se instale o aceptar un temblor leve que no pide ser resuelto.

Desde ahí, Vri crece en un ritmo lento, en una lectura que atiende más de lo que afirma y permite que el poema haga su propio trabajo.

Leídos con calma, estos textos no se imponen: se acercan. Y aquello que dejan resonando en el lector —eso que vuelve una y otra vez— es la entrada al Ciclo Vri.

La estética de Vri

La forma visible del sentimiento



Antes de recorrer el ciclo Vri, conviene observar con atención cómo ella comienza a aparecer en los poemas. No para encerrarla en una definición, sino para sentir de qué modo su presencia va modificando el lenguaje a medida que el libro avanza.

Vri no irrumpe como un personaje construido ni como un símbolo previamente pensado. En los

primeros textos se anuncia apenas como una variación en el pulso del poema, como si algo empezara a desplazarse sin hacer ruido. Su aparición no es frontal. A veces es un temblor leve; otras, una quietud que sostiene.

Los espacios que la rodean —calles, trenes, mares, habitaciones— no funcionan como escenarios narrativos, sino como atmósferas. No la explican: la acompañan. Son extensiones sensibles de una emoción que atraviesa el poema y deja huella sin necesidad de nombrarse.

En el transcurso del ciclo, Vri se vuelve cada vez más presente. Ya no depende de una situación concreta ni de una historia reconocible, sino del modo en que es nombrada y del espacio que el poema abre para que el lector complete su sentido. Su presencia se vuelve más nítida precisamente porque no se afirma del todo.

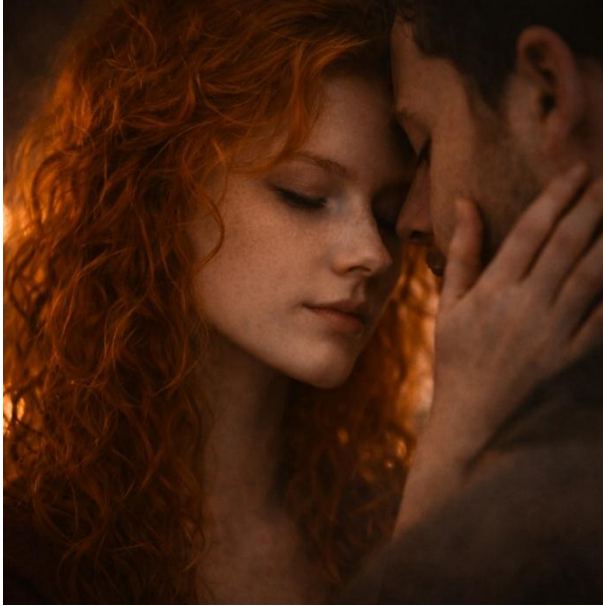
La estética de Vri se construye desde la sugerencia, el silencio y los gestos mínimos. Dice más por lo que deja en suspenso que por lo que declara. En ella conviven lo humano y lo simbólico no como opuestos, sino como capas que se sostienen entre sí: lo humano la ancla; lo simbólico la expande.

Entre esas dos dimensiones —cercanía y retirada, voz y silencio— se configura una forma particular de estar en el poema. No es una figura que se imponga, pero tampoco algo que se diluya.

Así, Vri se vuelve la forma visible del sentimiento: una presencia que no se explica, pero que transforma todo lo que toca.

Vri y el lenguaje

Cómo habla el amor cuando no sabe callar



Hay personajes que entran al lenguaje sin resistencia, como si las palabras ya los estuvieran esperando. Con Vri me pasó lo contrario: sentí que era la palabra la que tenía que ensancharse un poco para poder recibirla.

Desde su primera aparición, algo en el verso empezó a moverse. No sabría decir exactamente qué, pero se volvió más pausado, más atento, más hondo. No fue una decisión de estilo ni un gesto técnico. Era más bien un desplazamiento interno, como si al

nombrarla el lenguaje buscara otra música, otro modo de decir.

Con Vri, el poema empezó a respirar distinto. No había lugar para la prisa ni para el énfasis. Todo pedía cuidado. Un borde. Una sombra. Ese temblor que sostiene lo que se dice sin cerrarlo del todo.

A medida que el ciclo avanza, el lenguaje no se mantiene igual. Cambia de textura. A veces apenas sugiere; otras, se abre, se rasga, se vuelve claro. Luego vuelve a empezar. Cada poema parece un nuevo intento, una búsqueda de la frase justa para una presencia que nunca termina de quedarse quieta.

Cada vez que aparece, algo se modifica en el tono: una luz un poco más alta, una pausa más larga, un trazo más íntimo. No siento que el poeta escriba sobre ella; más bien, es el lenguaje el que se reorganiza alrededor de lo que Vri provoca.

Por eso, leer a Vri es también leer cómo la palabra se mueve: cómo duda, cómo tropieza, cómo insiste, cómo —a veces— encuentra un cauce que antes no estaba. Vri no cambia la historia. Cambia la voz que la dice.

Y en ese cambio, casi imperceptible pero decisivo, se deja ver la naturaleza del ciclo: una atención sostenida a la trayectoria de cómo una presencia apenas nombrada va rehaciendo, poco a poco, la manera en que el lenguaje aprende a estar.

Paleta de colores de Vri

La emoción hecha atmósfera



Antes de recorrer su espiral, conviene detenerse en los tonos que acompañan a Vri.

No funcionan como símbolos rígidos ni como códigos secretos, sino como matices que atraviesan los poemas y permiten intuir su forma de existir.

No nombran estados cerrados, sino climas.

No indican qué sentir, sino desde dónde se siente.

Estos colores no ordenan ni explican el ciclo: lo acompañan.

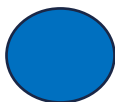
Son la atmósfera donde Vri respira, el fondo sensible sobre el que la palabra se desplaza, la manera en que el sentimiento se vuelve visible sin necesidad de decirse.

Ocre suave



El color de lo que empieza sin prisa, como una claridad que todavía no sabe su rumbo.

Azul



Un eco de profundidad.
El pensamiento que vuelve.
La emoción que no se explica.

Granate



El roce del deseo en sus primeras formas, esa intensidad que aparece sin anunciarse.

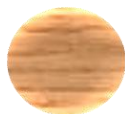
Dorada



La luz que la rodea cuando se vuelve cercana, el instante que se abre y se sostiene un segundo más.

Y hay un tono que no corresponde a un momento del vínculo, sino a lo que queda cuando todos los otros han pasado.

Sepia



La memoria: lo que no desaparece aunque no pueda tocarse.

Los silencios de Vri

Lo que no se dice también sostiene



Hay presencias que no necesitan palabras para llegar; su modo de existir es quedarse.

Vri aparece así: primero en el borde, en una leve suspensión del decir, en esa pausa donde algo empieza a existir antes de encontrar forma.

En sus poemas, lo más hondo no siempre está en la frase que primero se ve, sino en lo que queda

alrededor de ella. Un silencio atento, de esos que se quedan cerca y acompañan sin imponerse.

A veces ese silencio se manifiesta como una claridad contenida; otras, como una zona de reserva donde el poema decide no avanzar. No explica ni concluye. Deja espacio. Permite que el lector se acerque sin ser conducido, que escuche lo que no fue dicho y complete desde su propia experiencia.

Porque Vri no vive en la palabra afirmada, sino en la que duda, en la que rodea, en la que se queda a medio decir. Es una presencia que el poema cuida con delicadeza, como si supiera que nombrarla del todo sería perderla.

En esos silencios —no dramáticos ni solemnes, simplemente necesarios— Vri encuentra su forma más persistente. Allí no se impone ni se desvanece: permanece, se queda.

Y lo que cada lector descubre al cruzar ese espacio ya no pertenece al poema ni al poeta. Pertenece a quien lee y reconoce, quizá sin buscarlo, que también llevaba algo guardado en un silencio parecido o en el mismo.

La respiración del ciclo

El ritmo emocional



Vri respira de forma distinta en cada poema.

Aun así, algo une a los textos poéticos: la manera en que su presencia entra y se retira de los versos, como si todo el libro compartiera un mismo latido interior.

Hay textos en los que el poema se expande, toma aire y la voz avanza con mayor soltura. En otros, el ritmo se vuelve más contenido —como si decir

demasiado pudiera romper algo frágil—; entonces, el poema avanza con cautela y precisión y Vri aparece solo en lo necesario.

El ciclo entero se sostiene en ese movimiento: una respiración que se abre y se recoge, que se acerca y se retira, y que mantiene viva la lectura sin agotarla.

El pulso del ciclo

La emoción que late



El índice emocional no busca explicar los poemas. Los acompaña.

No traduce lo que ocurre en ellos ni propone una lectura correcta, sino que señala el movimiento

afectivo que atraviesa el ciclo y la huella que cada texto deja en quien lee.

Este cuadro no fija significados ni clausura interpretaciones.

Funciona como una orientación sensible, una manera de percibir el ritmo interno del libro.

Lo demás sucede en la lectura, poema a poema.

Ciclo Vri	Índice emocional
Es la estructura profunda del libro.	Es la vibración emotiva de cada poema.
Ordena el recorrido del vínculo: aparición, humanización, paradoja, claridad, fugacidad, revelación, despedida.	Señala el tono que deja cada texto: temblor, asombro, herida, plenitud, una despedida que no cierra.
Muestra cómo avanza la espiral.	Muestra cómo se siente el lector dentro de esa espiral.

Es la arquitectura secreta del libro.	Es la respiración del ciclo, poema a poema.
Mira el movimiento interno del vínculo	Permite reconocer la emoción que ese movimiento despierta.
Es el mapa.	Es el pulso.

Los símbolos de Vri

El lenguaje simbólico



Son pequeñas luces y señales que el poema deja caer para que el lector encuentre su propio rumbo, sin indicaciones previas.

1. Aire

- Es el pulso que abre los poemas.
- Lo que mueve sin tocar, lo que anuncia un cambio antes de que suceda.
- La primera frontera que Vri empieza a cruzar.

2. Instante

- El punto donde algo se revela sin anunciarse.
- La fracción mínima que no se alcanza a explicar, pero se reconoce como decisiva.

3. Tiempo

- No el cronológico, sino el que se pliega sobre sí mismo.
- El que se suspende en una mirada o se acelera cuando una emoción lo desborda.

4. Tren

- El desplazamiento: lo que llega y lo que parte.
- En Vri, el tren nunca es destino; es el movimiento donde algo se pierde y algo comienza a reconocerse.

5. Burbujas

- Lo que se alza sin dejar huella, aunque por un instante lo contiene todo.

6. Silencio

- La zona donde el poema respira.
- Lo que no se dice, pero sostiene todo lo demás.

7. Pluma

- El gesto de escribir cuando la palabra deja de alcanzar.
- La forma en que el lenguaje se vuelve tacto y se posa donde duele o donde ilumina.

8. Memoria

- El retorno constante a lo que no termina de irse.

9. Ausencia

- Lo que no está y, sin embargo, pesa.
 - Una forma silenciosa de presencia.

10. Espiral

- El movimiento interior.
- La emoción que gira sin cerrarse, que vuelve a un punto que nunca es el mismo.

11. Trasluz

- La forma de ver sin poseer.
- Lo que se deja entrever sin revelarse del todo, donde la claridad no es plena, pero tampoco falta.

- Una zona intermedia donde la mirada no invade: acompaña.
- En Vri, el trasluz no muestra la totalidad; insinúa lo suficiente para que el sentido ocurra sin imponerse.

Cada uno de estos símbolos está cerca de Vri sin intentar explicarla. No buscan decir quién es, sino dejar ver cómo se mueve su misterio; acompañan al poema como una sombra suave.

Estructuras del ciclo



El ciclo Vri se sostiene sobre cuatro formas de respiración. No son categorías ni etiquetas cerradas, sino modos de acercarse a los poemas, maneras de leerlos sin forzarlos. Estas estructuras no explican el texto: lo acompañan y orientan su escucha.

1. Ritual de lectura

Es una invitación. El poema abre una puerta, marca un comienzo y exige tiempo. No importa tanto lo que dice, sino lo que empieza a moverse mientras se lee.

Son textos que necesitan silencio y una cierta disposición: dejar que algo ocurra sin apurarlo, sin ponerle nombre enseguida.

2. Constelación

Vri aparece de a poco, en un gesto, un lugar, un país, un recuerdo apenas mencionado. No surge entera.

Son textos hechos de pequeñas señales. Cada una suma una presencia más, como luces dispersas que no terminan de dibujar una forma, pero la sugieren.

3. Doble respiración

Hay poemas donde la voz del poeta y la presencia de Vri caminan juntas. Lo que él siente se mezcla con lo que ella despierta y el poema avanza en dos respiraciones que se buscan sin forzarse a coincidir.

Es un espacio compartido, aunque el encuentro completo no sea posible.

4. Fulgor sereno

En algunos momentos del ciclo, la emoción se vuelve más clara y, a veces, dolorosa.

No son poemas de cierre, sino de una mirada más tranquila. El amor aparece sin exageraciones, sin promesas grandes. Se lo mira tal como es, con su belleza y también con su límite.

Cada poema se mueve desde una de estas formas. Juntas no cuentan una historia ordenada, sino que dejan ver cómo el vínculo entre el poeta y Vri cambia, se desplaza, avanza, retrocede y se transforma.

Fases del ciclo e índice emocional



El ciclo Vri no avanza de manera lineal.

Cada texto apunta a un estado emocional distinto, una manera de estar en el afecto: de aproximarse o retirarse, de sostener o soltar.

Para acompañar ese recorrido, el libro propone una lectura en capas que se entrelazan: la emoción que pulsa, los símbolos que la rodean y la estructura que le da forma sin fijarla. Ninguna de estas capas explica por sí sola el poema; juntas permiten percibir su profundidad sin clausurarla.

El cuadro integrado que sigue no busca ordenar el sentimiento ni establecer un sentido definitivo. Funciona como un gesto de acompañamiento: un mapa sensible que permite observar cómo cada Vri se inscribe en una fase del ciclo, qué emoción predomina y desde qué forma poética respira.

El lector puede avanzar siguiendo el ritmo natural de los poemas o detenerse en este cuadro para percibir el latido que los atraviesa.

Ninguna de estas rutas es obligatoria. Así como el amor, la lectura también tiene su propio pulso y su propia manera de permanecer.

Cuadro del ciclo Vri

Índice emocional y estructural

Vri	Fase del ciclo	Índice emocional	Estructura
Antes del ciclo	Expectativa	Deseo / ilusión	Ritual de lectura
VRI 1 El temblor	Aparición	Temblor inaugural	Ritual de lectura
VRI 2 El asombro	Humanización	Asombro corporal	Ritual de lectura
VRI 3 La pregunta	Humanización	Incertidumbre	Doble respiración
VRI 4 El deslumbramiento	Humanización	Fascinación	Doble respiración

VRI 5 El riesgo	Paradoja	Exposición afectiva	Doble respiración
VRI 6 Después de la batalla	Paradoja	Cansancio/ lucidez	Fulgor sereno
VRI 7 El domingo de las voces ocultas	Paradoja	Intimidad velada	Constelación
VRI 8 La vulnerabilidad	Paradoja	Fragilidad	Doble respiración
VRI 9 La levedad que desarma	Claridad	Levedad consciente	Fulgor sereno
VRI 10 El fuego creador	Claridad	Energía creadora	Doble respiración

VRI 11 La plenitud del deseo	Claridad	Plenitud	Fulgor sereno
VRI 12 La intensidad	Claridad	Intensidad	Doble respiración
VRI 13 La plenitud que no se exhibe	Claridad	Goce contenido	Fulgor sereno
VRI 14 Lo que nunca fuimos	Claridad dolorosa	Conciencia del límite	Fulgor sereno
VRI 15 Tristeza de tristezas	Claridad dolorosa	Comprensión del quiebre	Fulgor sereno
VRI 16 La urgencia que no descansa	Fractura	Imposibilidad de sostener	Doble respiración

VRI 17 La pérdida de sí	Fugacidad	Disolución del yo	Constelación
VRI 18 La madrugada que asume lo imposible	Fugacidad	Aceptación dolorosa	Fulgor sereno
VRI 19 El regreso a sí mismo	Revisión	Retorno afectivo	Constelación
VRI 20 El lugar donde el amor ya no obedece	Revisión	Autonomía	Fulgor sereno
VRI 21 El amor	Revelación	Reconocimiento	Fulgor sereno
VRI 22 La revelación esencial	Permanencia	Presencia sin demanda	Fulgor sereno

VRI 23 El amor que habita dentro	Permanencia	Interiorización	Fulgor sereno
VRI 24 El amor que atraviesa el tiempo	Permanencia	Trascendencia	Constelación
VRI 25 El eco que no cede	Revelación retrospectiva	Deseo que permanece	Constelación
VRI 26 Quién eres, Vri	Conciencia	Pregunta identitaria	Constelación
VRI 27 La puerta	Umbral	Suspensión	Ritual de lectura
VRI 28 Cuando Vri se vuelve mito	Fundación del mito	Conciencia simbólica	Constelación reflexiva

VRI 29–31 La despedida	El adiós	Asunción sin consuelo	Fulgor sereno
----------------------------------	----------	--------------------------	---------------

Mapa visual de la espiral



VRI 28 – CUANDO VRI SE VUELVE MITO
VRI 27 – LA PUERTA
VRI 26 – QUIÉN ERES, VRI
VRI 25 – EL ECO QUE NO CEDE
VRI 24 – EL AMOR QUE ATRAVIESA LOS TIEMPOS
VRI 23 – EL AMOR QUE ME HABITA
VRI 22 – LA REVELACIÓN ESENCIAL
VRI 21 – EL AMOR
VRI 20 – EL LUGAR DONDE EL AMOR YA NO OBEDECE
VRI 19 – EL REGRESO A SÍ MISMO
VRI 18 – LA MADRUGADA QUE ASUME LO IMPOSIBLE
VRI 17 – LA PÉRDIDA DE SÍ
VRI 16 – LA URGENCIA QUE NO DESCANSA
VRI 15 – TRISTEZA DE TRISTEZAS
VRI 14 – LO QUE NUNCA FUIMOS
VRI 13 – LA PLENITUD QUE NO SE EXHIBE
VRI 12 – LA INTENSIDAD
VRI 11 – LA PLENITUD DEL DESEO
VRI 10 – EL FUEGO CREADOR
VRI 9 – LA LEVEDAD QUE DESARMA
VRI 8 – LA VULNERABILIDAD
VRI 7 – EL DOMINGO DE LAS VOCES OCULTAS
VRI 6 – DESPUÉS DE LA BATALLA
VRI 5 – EL RIESGO
VRI 4 – EL DESLUMBRAMIENTO
VRI 3 – LA PREGUNTA
VRI 2 – EL ASOMBRO
VRI 1 – EL TEMBLOR

Manifiesto de la espiral



La historia de Vri no es lineal. Nunca regresa al mismo lugar: cada vuelta trae una herida distinta, una luz nueva, una pregunta que antes no existía.

Por eso este libro no responde a un trayecto ascendente ni a una caída definitiva.

Su forma es la espiral: un modo de avanzar que se abre y se estrecha, que asciende apenas y luego desciende, que gira alrededor de un centro que nunca se deja fijar del todo.

En esa espiral, Vri aparece, se humaniza, se vuelve paradoja, se aclara, se hace fugaz, se revela y, finalmente, permanece.

Nada se cierra.

Nada se detiene.

Cada poema roza un borde y retrocede, como si la emoción necesitara buscar otro ángulo para decir aquello que todavía no sabe decirse.

El mapa que propone el libro no es geográfico: es respiratorio.

Se mueve como un pecho que toma aire y vuelve a soltarlo.

Esa es la ley de la espiral: un ritmo que no pretende resolver, pero que revela cómo un vínculo insiste en existir incluso cuando parece haber dejado de hacerlo.

Aquí no hay un centro fijo.

Lo que sostiene la figura es el deseo, la herida, la claridad que llega tarde, la fugacidad que también es eternidad y la despedida que —aun en su dolor y en su esperanza oculta— no borra lo que fue ni aquello que permanece.

La espiral permite comprender que el amor no se explica: se atraviesa; que no termina: se transforma.

Cada lector encontrará su propio punto de entrada y también su manera íntima de seguir girando dentro de ella.

Este manifiesto no ordena ni clasifica: invita.

Invita a leer con lentitud, a reconocer cuándo la espiral se abre y cuándo se estrecha, a sentir cómo la emoción cambia de altura sin abandonar nunca su impulso central.

Carta a Vri

Mi lectura personal



Nunca te llamé.

Jamás dije “pasa” ni preparé un lugar para ti.

No hubo invitación ni gesto previo que anunciara tu llegada.

Aun así, encontraste un borde: una fisura mínima en una frase cualquiera, una palabra que, sin que yo lo notara, había quedado entreabierta.

Entraste por ahí.

No llegaste porque yo te buscara ni porque existiera el deseo de nombrarte.

Apareciste como lo hacen ciertas presencias:
sin ruido, sin permiso, sin pedir lugar.

Al principio fuiste apenas un sonido tenue,
algo que regresaba con insistencia.

Luego te volviste intensidad, una que crecía
cada día hasta que ya estabas ahí y negar tu presencia
dejó de ser posible.

A veces creemos que podemos decidir qué
nace en la palabra y qué queda afuera, qué se escribe y
qué se descarta.

Contigo entendí que no siempre es así.

Entonces solo quedó callar y dejar que te
leyeras sola, permitir que marcaras tu propio ritmo y
que tu nombre encontrara su forma sin que yo
interviniera.

No intenté explicarte.

Me acerqué, apenas, como quien afina el oído
para reconocer una voz que ya estaba allí desde antes.

Seguí tu movimiento y dejé que ocuparas el
espacio que reclamabas, sin forzarlo.

Así entraste, Vri: sin aviso, sin artificio.

Antes del ciclo Vri



Poema

Te miro a lo lejos, Vri, en la distancia más inútil,
como si allá, donde se juntan los mares y los cielos,
fuera posible amarnos sin que lo impida ningún
dolor,
sin que el pasado rasgue el deseo de mil
movimientos de arcoiris.
Pero el tiempo es un lobo herido y solitario, Vri,

un lento e interminable desfile de hormigas
silenciosas,
una amenaza que se desliza como funámbulo por
las almas,
un muro de palabras imposibles de escuchar.
Y entonces es cuando la vida duele en los pies,
cuando de nada sirve avanzar como un fallido tren,
cuando la urgencia de amar es un abismo acechante,
cuando las luces de la infelicidad enceguecen los
rituales.
Cuánto daría por esquivar las ceremonias obligadas,
Vri,
cuanto daría para que los días y las noches
transcurran
a la velocidad de la sed, de la emergencia, de la
desesperación.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Hay comienzos que no llegan como un inicio claro, sino como una incomodidad que se instala.

Este poema se mueve en ese punto.

Desde el primer verso aparece una distancia que no es solo espacial: *“Te miro a lo lejos, Vri, en la distancia más inútil”*. No es una lejanía que se pueda atravesar. Es una que permanece, que no acerca.

El deseo intenta imaginar otro lugar—*“donde se juntan los mares y los cielos”*—, pero no como esperanza,

sino como imposibilidad. Amar sin dolor aparece solo como idea, no como experiencia.

El tiempo entra entonces como algo que desgasta: *“un lobo herido y solitario”*, *“un lento e interminable desfile de hormigas”*. No avanza para construir, sino para insistir en lo mismo. En esa repetición, el cuerpo empieza a sentirlo: *“la vida duele en los pies”*.

Avanzar ya no significa llegar.

El amor tampoco se presenta como refugio. Se vuelve riesgo: *“la urgencia de amar es un abismo acechante”*. Incluso la luz se altera: *“las luces de la infelicidad enceguecen los rituales”*. Lo que debería orientar, confunde.

Por eso aparece el deseo de salir de lo establecido: *“esquivar las ceremonias obligadas”*. No como rebeldía, sino como necesidad de escapar de un tiempo que no responde.

Aquí no hay encuentro.

Hay una conciencia previa: la de un amor que existe, pero no encuentra su forma.

Antes del ciclo, Vri no aparece todavía como presencia.

Aparece como tensión.

Como aquello que aún no se puede sostener, pero ya no se puede ignorar.

Ciclo Vri

Vri 1: El temblor



Nota de lectura

Vri 1 aparece con la primera vibración.

No es todavía una historia, sino el temblor inicial de nombrar a otra persona y descubrir que ese nombre ya empieza a mover algo.

Poema

¿Recuerdas, Vri?

Esa noche caía la nieve y nos casamos en la Catedral de los Secretos, en Alcalá de Henares.

Estábamos tan bellos, tan dolorosos y bellos.

Había flores, había arroz, había vestidos de seda, había caballeros y damas de honor.

Pero ni tú ni yo estábamos allí. Y fue a la mañana siguiente cuando empecé a pensar en que era cierto que no debíamos nombrarnos.

A veces, en mi torpeza frágil, suelo extraviarme en la idea de que hay cielos inasibles que nunca se dejan aprehender del todo y que hay amores que se pierden ahogados en su suerte.

Un fin de semana nos escribimos cartas y luego acordamos encontrarnos en la puerta 2 del acceso 9 en la estación del Metro de Nueva York.

Subimos al mismo tren y nos sentamos frente a frente, no juntos, para leer en libertad y entre las sucesivas sombras y luces de la cabina las cosas que nos dijimos en esos papeles inexistentes que te

despertaron tantas sospechas y dudas aunque las palabras reales no estaban dichas.

Qué cosas, ¿no? Tantos inviernos que nos juntamos en Librería Ateneo de Buenos Aires y con gestos de picardía y misterio leímos partes de libros nuevos que nos atraían por sus portadas o por los nombres de sus autores, aunque la señorita rubia y gorda que nos vigilaba se mostraba inquieta y observaba atenta nuestros movimientos por si se nos ocurriera robarnos un ejemplar o dos.

Así fue la mañana cuando caminamos tomados de las manos por el malecón de Manta y dijiste que tenías miedo de tener miedo y que más importante que nosotros dos era tu paz en nuestros destinos paralelos que al final serán asíntotas de nuestros lutos.

También te escuché decir que debíamos aparecer ante los otros como la nada para que los cuervos de la desesperanza no supieran de nuestro todo.

Y así, en medio del rumor de misiles que estallaban en el paisaje de las olas, la complicidad se fue esfumando como suele deshacerse la espuma del mar cuando la absorbe la incertidumbre de la arena.

Y tu nombre, este nombre, Vri, dejó de aparecer
para siempre en los porvenires celebratorios que yo
invento en mis poemas.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Leer *Vri* 1 es entrar en un lugar que todavía no termina de formarse. No hay una historia en el sentido habitual. Hay escenas que aparecen y se disuelven, como si el poema probara distintas maneras de acercarse a algo que aún no quiere decirse del todo.

Desde el inicio se percibe esa cautela. El poema pregunta “¿*Recuerdas, Vri?*”, pero lo que sigue no es un recuerdo firme, sino una sucesión de imágenes que parecen verdaderas y, al mismo tiempo,

improbables. Una boda, una catedral, flores, arroz... y luego la frase que desarma la escena: *"Pero ni tú ni yo estábamos allí"*. No suena a negación brusca, sino a una primera conciencia: lo que importa no es el hecho, sino la intensidad con la que fue imaginado.

En este primer texto, Vri no aparece como alguien concreto. Es una presencia que se construye desde la imaginación, desde lo que no ocurre del todo. El poema insiste en encuentros que quedan a medio camino: cartas inexistentes, trenes compartidos sin contacto, manos que caminan juntas y, aun así, se mantienen en un borde. *"Nos sentamos frente a frente, no juntos"*, dice el poema, y esa precisión sostiene todo el tono. Hay cercanía, pero también una forma de contención que todavía no se explica.

Las ciudades —Alcalá, Nueva York, Buenos Aires, Manta— no funcionan como escenarios realistas. No se describen: se nombran. Son puntos dispersos de una geografía afectiva que no busca fijarse en un solo lugar. Como si la ilusión, en este comienzo, necesitara moverse para no volverse del todo real.

Aparece también, muy temprano, una forma de cuidado atravesada por el miedo. *"y dijiste que tenías miedo de tener miedo"* no se enuncia como conflicto, sino como estado. No se trata solo de amar, sino de no herir, de no exponerse demasiado, de preservar algo frágil que todavía no sabe cómo sostenerse. De ahí la decisión de no nombrarse, de *"aparecer ante los otros como*

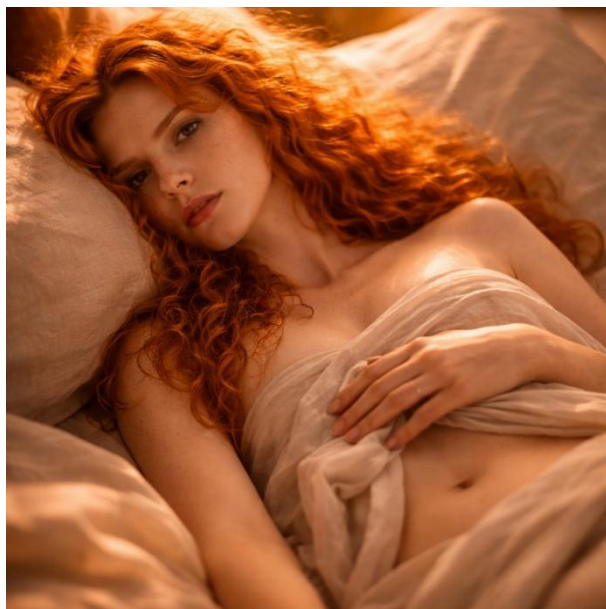
la nada”, como si el amor necesitara volverse invisible para poder existir.

Hacia el final, algo se apaga sin estruendo. La complicidad “*se fue esfumando como suele deshacerse la espuma del mar*” y el nombre de Vri deja de aparecer “*en los porvenires celebratorios*” que el poeta había imaginado. No hay dramatismo. Hay una aceptación temprana de que algo no logró permanecer, incluso antes de haber sido plenamente vivido.

Este primer poema no inaugura una historia; inaugura una forma de sentir. Vri nace aquí como una presencia sostenida más por la ficción que por los hechos, más por la palabra que por el cuerpo. Y quizá por eso mismo resulta tan persistente.

Desde el comienzo, Vri aparece así: no como certeza, sino como un temblor inicial que ya no se deja borrar.

Vri 2: El asombro



Nota de lectura

Vri deja de ser idea y se convierte en lugar donde la mirada aprende a quedarse.

Poema

En tu ombligo, Vri, por fin hallo el paisaje.
Hay montañas, sabanas, honduras, curvaturas.
Hay un recorrido, una aventura, una épica del cuerpo.
Ritualizo el primer alunizaje de las yemas de mis dedos.
Celebro las formas altas y los valles de tu piel.
La contemplación, Vri, me estremece despacio y en silencio.
Puedo retozar, acurrucado, desnudo en la desnudez.
Te exploro para saber cuánto eres posible.
Una epopeya es tu ombligo, Vri. Un oasis salvaje y plácido.
Hay iluminaciones, pronósticos, caricias, territorios.
Hay ceremonia, comunión, festividad.
Conmemoro la existencia de tus espacios sagrados.
Festejo el don de mirar, el don de regocijarme en ti.
Con mis manos temblorosas planeo el acercamiento
e imagino el estallido de luz en todos los centros de mí.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Aquí el asombro no irrumpe de golpe. Se abre despacio, como si el poema probara primero el aire antes de entrar. *“En tu ombligo, Vri, por fin hallo el paisaje”*, dice, y ese *por fin* pesa: algo venía buscando forma desde antes. No es una imagen para adornar el verso. Es un centro, un lugar donde la mirada aprende a quedarse.

Lo que sigue no describe un cuerpo: lo recorre. “*Hay montañas, sabanas, bonduras, curvaturas*”. La enumeración no busca convencer ni cerrar una imagen; examina. Va tocando palabras como quien prueba caminos sin mapa. El deseo no empuja: se orienta. Y en ese gesto, el cuerpo deja de ser superficie para volverse territorio.

Hay un cuidado que se repite. “*Ritualizo el primer alunizaje de las yemas de mis dedos*”. No se trata de tocar por tocar. El verbo —ritualizar— ralentiza el movimiento y le da peso. Obliga a leer más despacio, como si el poema pidiera permiso antes de avanzar.

La contemplación aparece varias veces, no como pausa sino como forma de estar. “*La contemplación, Vri, me estremece despacio y en silencio*”. El estremecimiento no estalla ni se impone. Se recoge. Aquí el asombro no grita: observa, se deja afectar sin necesidad de decirlo todo.

Hay una tensión suave entre lo salvaje y lo apacible. “*Un oasis salvaje y plácido*”. No se resuelve: convive. Quizá por eso el poema insiste en la ceremonia, en la comunión, en la festividad, no como celebración ruidosa, sino como reconocimiento. Estar ahí ya es suficiente.

Cuando el poema dice “*Te exploro para saber cuánto eres posible*”, no suena a posesión. Suena a pregunta. A una curiosidad que no quiere cerrar nada. Explorar no para tomar, sino para comprender hasta dónde llega lo que se ofrece.

Hacia el final, la luz aparece, pero no como clímax. *“e imagino el estallido de luz en todos los centros de mí”*. No ocurre: se imagina. Y en esa suspensión queda algo que no necesita cumplirse para ser verdadero.

En este segundo poema, Vri deja de ser apenas intuición y empieza a ocupar espacio. No invade: se deja recorrer. El asombro no es exceso, es atención. Y tal vez eso sea lo que más permanece: la sensación de estar entrando en algo que pide respeto antes que entusiasmo.

Vri 3: La pregunta



Nota de lectura

El encuentro deja de ser intuición o celebración y se vuelve fuerza.

Presencia y ausencia conviven en una tensión que desordena el rumbo y altera la gravedad del deseo.

Es tu ausencia y presencia, Vri. Es tu piel en los movimientos insurgentes. Tu piel viajera como remordimiento y conquista.

El mundo parece dar vueltas en sentido contrario, estimula tu trayectoria, enreda tus sangres en mi tempestad.

Sonreímos, Vri, bajo la penumbra de los recuerdos intactos,

de los deslices, de los rituales y celebraciones, los gritos desde los desiertos planetarios, los sonidos de la gesta carnívora.

Es tu piel destino retrocedido y limpio, luz descubijada, camino necesario y único, ruta imprescindible. Es tuya toda la piel de los dos, Vri.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Si en Vri 1 el amor apenas respiraba y en Vri 2 comenzaba a tomar forma en el cuerpo, aquí algo se desordena.

En Vri 3 ya no hay distancia ni ceremonia. Hay irrupción. El poema entra como una fuerza que no pide permiso, que altera el equilibrio y deja una marca difícil de nombrar.

Desde el primer verso se instala una tensión que no busca resolverse: *“Es tu ausencia y presencia, Vri”*.

No se trata de una contradicción, sino de una convivencia intensa. Vri está y no está al mismo tiempo. Se acerca y se retira. El amor deja de ser contemplación y se vuelve una energía que ilumina y oscurece a la vez.

La piel, que en el poema anterior era territorio y descubrimiento, aquí se vuelve impulso. “*movimientos insurgentes*”, “*piel viajera como remordimiento y conquista*”: las imágenes ya no buscan calma. Empujan. El deseo no aparece como refugio, sino como algo que avanza incluso cuando desestabiliza, incluso cuando duele.

Cuando el poema dice que “*El mundo parece dar vueltas en sentido contrario, estimula tu trayectoria, enreda tus sangres en mi tempestad*”, no construye una metáfora distante. Nombra una experiencia reconocible: ese momento en que el amor altera la dirección de todo, trastoca la lógica, modifica la gravedad de las decisiones. Vri no acompaña el movimiento: lo provoca. Se vuelve tempestad compartida.

La penumbra que aparece más adelante no mira hacia atrás. No tiene el tono de la nostalgia. Es un lugar compartido dentro del desorden, donde caben gestos que persisten, hábitos, quiebres, voces al límite. Todo sigue vibrando ahí. El encuentro no se apacigua: se tensa, se roza, se expone.

Hacia el final, la piel deja de sentirse solo como cuerpo. Empieza a indicar hacia dónde ir. Se vuelve impulso, necesidad de seguir. Ya no alcanza con tocar ni con celebrar lo que pasó: algo empuja a avanzar,

incluso cuando no se sabe bien a dónde. Por eso, cuando el poema dice: *“Es tuya toda la piel de los dos, Vri”*, no se oye posesión, sino una entrega que nace del golpe compartido, de ese riesgo que aparece cuando dos deciden caminar juntos.

Vri 3 no se acomoda en la armonía ni busca reposo. Se reconoce en el sacudón. El yo poético deja atrás la idea de control y se deja atravesar por una fuerza que lo mueve, que lo obliga a aceptar que amar también implica perder pie y continuar, incluso así.

Vri 4: El deslumbramiento



Nota de lectura

El poema se abre cuando la amada
ya no solo inspira, sino que parece
leer.

Poema

Dicen que Vri suele estremecerse cuando lee los poemas a Vri. Ella nunca me lo ha dicho, nunca hemos podido leernos poema alguno y nunca hemos podido escribirnos sobre nuestra piel y nunca he podido decirle Vri a sus oídos y ella tampoco ha podido pronunciar mi nombre de combate mientras nos abrazamos.

Sé dónde está Vri ahora y Vri sabe dónde estoy ahora. No está en ningún lugar ajeno. No estoy en ningún lugar ajeno. Ella vuela alrededor de mis ausencias y yo vuelo alrededor de las tuyas.

A veces me parece que es ella quien escribe estos poemas. Se ama tanto que no sería descabellado verla amándose a sí misma desnuda, fecunda y conmovedora. Se ama tanto que imaginarla a mi lado mientras escribe podría convertirse en la ceremonia donde todos los vinos del mundo se viertan sobre sus muslos mojados con mis palabras susurrantes susurrales.

Vendrá de nuevo Vri o yo iré a ella y será el bello ritual de la memoria. Vendrá. Sé que vendrá. Sé que mis poemas suyos recorren ahora mismo su sangre y sé que sus poemas míos golpean mi corazón y lo desbordan y lo empujan y convierten la espera decisiva en la joya más buscada de la vida nuestra, tan escrita y tan abrazada con los brazos apacibles y

las piernas enredadas ellas en mi alma y estas en el
enternecer de los poemas.

Hoy he podido escuchar a Vri escondida entre estas
líneas y juguetera detrás de mis palabras.

Es tan cotidiana, Vri. Tan de mí como tan de ella.
O solamente tan de ella. Es lo más probable. ¿Por
qué tendría que ser mía si el hecho de ser ella es el
que me convoca a escribir letras que se juntan y
floreced como un poema redondo e inesperado que
no sé si en realidad lo he hecho yo con mis esperas
o ella me lo dicta con sus advenimientos?

Solo díganle a Vri que estoy aquí, aguardando. No
me digan lo que siente al leer mis poemas porque
ella lo sabe, porque surgen de ella misma desde sus
gestos anhelantes y desnudos.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 4, algo se desplaza de manera casi imperceptible. No es un cambio brusco, sino una alteración en la forma de mirar. El poema ya no avanza solo desde la invocación: empieza a devolver la mirada.

Desde la primera línea se instala una rareza: *“Dicen que Vri suele estremecerse cuando lee los poemas a Vri”*. El nombre se duplica, se pliega sobre sí mismo. Vri no aparece solo como destinataria, sino como lectora y

escritora. Y esa posibilidad —la de ser leída por quien inspira— descoloca todo.

El poema insiste en lo que no ocurrió: no leerse juntos, no escribirse sobre la piel, no pronunciar los nombres al oído. Esa acumulación de negaciones no enfría el deseo; lo vuelve más atento. Lo que no pasó empieza a ocupar un espacio tan intenso como lo vivido. La cercanía se construye desde otro lugar.

Hay una conciencia clara de simultaneidad: “*Sé dónde está Vri ahora y Vri sabe dónde estoy ahora*”. No están juntos, pero tampoco están lejos. Se rodean. Vuelan alrededor de las ausencias del otro. El vínculo ya no se define por el contacto, sino por una forma de presencia que se reconoce incluso en la distancia.

En medio de ese vaivén aparece una duda que no busca resolverse: “*A veces me parece que es ella quien escribe estos poemas*”. No se dice como afirmación, sino como desconcierto. ¿Quién habla cuando se escribe desde el deseo? ¿De dónde vienen las palabras cuando parecen anticiparse? El poema no responde. Se queda en ese borde.

Vri empieza a habitar el lenguaje mismo. El poeta la escucha “*escondida entre estas líneas y juguetona detrás de mis palabras*”. No es una imagen solemne; es íntima, casi lúdica. Vri no se deja fijar: se mueve, aparece y se esconde, interviene sin mostrarse del todo.

Hacia el final, el poema se abre en una pregunta que no se detiene en sí misma, sino que se

despliega: “¿Por qué tendría que ser mía si el hecho de ser ella es el que me convoca a escribir letras que se juntan y florecen como un poema redondo e inesperado que no sé si en realidad lo he hecho yo con mis esperas o ella me lo dicta con sus advenimientos?”. No reclama pertenencia. Reconoce algo distinto: que el hecho de que Vri sea ella misma basta para convocar la escritura. El amor no necesita apropiarse para existir.

La espera aparece, pero sin dramatismo. “Solo díganle a Vri que estoy aquí, aguardando”. No es una exigencia ni una súplica desesperada. Es una forma de quedarse disponible, de no cerrar el movimiento.

Vri 4 no empuja la historia hacia adelante. La suspende. Se instala en ese brillo particular que ocurre cuando el amor parece responder, aunque no sepamos si lo hace de verdad. El deslumbramiento no nace de la certeza, sino de esa sospecha delicada: a veces, el otro también nos está leyendo. O escribiendo.

Vri 5: El riesgo



Nota de lectura

El amor dicho desde la
intemperie, sin refugio posible.

Poema

Te pienso, Vri, desde el aleteo de una mariposa,
desde la innoble liquidez de los secretos,
desde la perspectiva inútil de los sueños.

Hay noches en las que arden todos mis hielos, Vri,
y no hay silencios en que pueda acurrucarme.

Sentado sobre mi sofá (largo, mentiroso y cruel),
mis huesos permanecen, como en un velorio, a la
espera de tu cuerpo milagroso.

La luna entre tus muslos es una seducción ciega,
es la convocatoria urgente a todas las preguntas,
es la duda que enciende las praderas imposibles,
es el desafortunado amor inalcanzable y animal,
es el placer que se extingue en todos los espejos.

Todo se confunde, Vri, entre el deseo coyuntural,
entre la necesidad de abrir los pétalos de tu voz,
entre los vicios que dejas amontonados, entre las
cosas que todavía no debemos nombrar.

Hay días en que son tan inertes las mañanas,
días en los que muero de ganas de existírte, Vri,
días que nunca recuperaremos entre los susurros,
días tan inverosímiles como yo cuando te espero.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 5, la voz parece llegar a un punto distinto. Ya no intenta comprender a Vri ni celebrarla desde la distancia; algo se expone con menos resguardo. El poema se escribe desde una intemperie donde amar no se piensa tanto como se admite.

Desde los primeros versos, el pensamiento amoroso aparece fragmentado. Vri es pensada desde lo mínimo y desde lo opaco, desde lo que roza y desde lo que se oculta: *“Te pienso, Vri, desde el aleteo de una*

mariposa, / desde la innoble liquidez de los secretos, / desde la perspectiva inútil de los sueños". No hay una dirección clara: el deseo se mueve, duda, se abre en varias capas al mismo tiempo. El poema no ordena esa dispersión; la deja estar.

La noche vuelve a ocupar un lugar central, pero aquí no funciona como refugio. *"Hay noches en las que arden todos mis hielos, Vri, / y no hay silencios en que pueda acurrucarme"*. La imagen no sugiere solo quiebre, sino intensidad: lo que antes contenía ahora se desborda. El silencio no protege; el yo lírico queda expuesto a una necesidad que no encuentra resguardo.

La escena del sofá introduce un gesto cotidiano que no elimina la carga del poema, sino que la vuelve más concreta. *"Sentado sobre mi sofá (largo, mentiroso y cruel), / mis huesos permanecen, como en un velorio, a la espera de tu cuerpo milagroso"*. No es solo cansancio: es una espera que se vuelve física, casi inmóvil, sostenida en el cuerpo.

Cuando aparece la imagen de la luna, el lenguaje se intensifica y se multiplica: *"La luna entre tus muslos es una seducción ciega, / es la convocatoria urgente a todas las preguntas, / es la duda que enciende las praderas imposibles, / es el desafortunado amor inalcanzable y animal, / es el placer que se extingue en todos los espejos"*. No es una imagen que ilumine o suavice. Es una concentración de fuerzas: seducción, impulso, duda, imposibilidad. El deseo no se ordena: se expande y se contradice.

Hacia el final, el poema reconoce la confusión como estado, pero no la reduce. La expone en su acumulación: *“Todo se confunde, Vri, entre el deseo coyuntural, entre la necesidad de abrir los pétalos de tu voz, / entre los vicios que dejas amontonados, entre las cosas que todavía no debemos nombrar”*. No hay una sola línea de sentido, sino varias tensiones que ocurren al mismo tiempo.

Los días aparecen entonces como medida de esa espera: *“Hay días en que son tan inertes las mañanas, / días en los que muero de ganas de existirte, Vri, / días que nunca recuperaremos entre los susurros, / días tan inverosímiles como yo cuando te espero”*. No son días vacíos. Son días atravesados por una intensidad que no se resuelve.

Vri 5 no empuja la historia hacia una certeza.

Se queda en ese punto donde amar implica riesgo, donde el deseo no se calma ni se ordena y donde nombrar al otro es también una forma de no perderse.

Vri 6: Después de la batalla



Nota de lectura

El descanso que llega

cuando el amor deja de
defenderse

Poema

Vuelvo entre los escombros de los fusiles rotos.
Aquí estás, Vri, rutilante después de las
escaramuzas.
Está tu mirada como una camisa recién planchada.
Está tu corazón limpio, resonante y luminoso.
Están tus latidos que me llaman al regreso.
Hay un abrazo, Vri, en las profundidades de los
miedos que atravesamos.
Un abrazo desde la paciencia, desde las mínimas
felicidades, desde las chispas de alegría.
Un abrazo como una multitud de deseos y de
apacibilidades.
Aquí estás, Vri, entre los escombros de la noche
larga.
Aquí estás, después del largo viaje de los sombreros.
Está tu ropa sobre tu cuerpo, como la mañana
ansiosa y juguetona.
Están tus manos listas para el beso ceremonial
de los deseos flotantes.
Está tu sonrisa en medio de las intenciones.
Hay una calma de luna redonda en el corazón
que te nombra.
Una calma que precede al regreso de los amores
cotidianos.
Una calma necesaria después de las
argumentaciones.
Una calma que bate sus alas como el picaflor
suspendido en el aire de su alimento.
Te encuentro inmortal y viva mientras acaricio la
sensatez de tu piel irremediable.

Aquí estás, Vri, ardiente como un volcán inesperado
después de la distancia que nos quema.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 6 se mueve en un tiempo distinto. No hay exaltación ni repliegue, sino algo más tenue: el momento en que la voz baja la guardia después del desgaste. El poema no se detiene en la batalla, sino en lo que queda cuando el conflicto ya pasó y el cuerpo empieza a reconocerse otra vez.

La imagen inicial lo marca con claridad: *“Vuelvo entre los escombros de los fusiles rotos”*. No hay triunfo ni derrota. Hay regreso. El yo poético vuelve a

un territorio atravesado por conflictos, dudas, decisiones que dejaron huella. La batalla aparece nombrada con un lenguaje que remite a lo bélico — escombros, fusiles, escaramuzas—, pero lo que se expone no es la acción, sino su huella. Lo vivido no se niega ni se dramatiza: permanece.

En ese paisaje aparece Vri. *“Aquí estás, Vri, rutilante después de las escaramuzas”*. El brillo no contradice lo vivido. Convive con ello. Vri no borra el conflicto ni lo reescribe; se deja ver en medio de los restos, como una presencia que vuelve posible habitar lo que quedó.

El poema se detiene en gestos mínimos. La mirada comparada con *“una camisa recién planchada”* no busca deslumbrar, sino señalar cuidado. Hay orden, sí, pero un orden frágil, recién recuperado. No se trata de comenzar de nuevo, sino de sostener lo que aún permanece.

Los latidos aparecen como un llamado suave. *“Están tus latidos que me llaman al regreso”*. No empujan, no reclaman. Invitan a volver a una zona más lenta, menos urgente. Volver no significa retomar la intensidad, sino aceptar otra forma de cercanía.

El abrazo ocupa un lugar central, pero no como impulso, sino como sostén. *“Hay un abrazo, Vri, en las profundidades de los miedos que atravesamos. / Un abrazo desde la paciencia, desde las mínimas felicidades, desde las chispas de alegría. / Un abrazo como una multitud de deseos y de apacibilidades”*. No es un abrazo que festeja, sino

uno que reconoce el cansancio compartido. Acompaña sin prometer.

La insistencia en la calma no es decorativa. *“Una calma necesaria después de las argumentaciones”*. El poema se sitúa claramente después del conflicto. Esa calma no es ingenua: sabe de dónde viene. Por eso no se instala como quietud absoluta, sino como un equilibrio atento, como en *“Una calma que bate sus alas como el picaflor suspendido en el aire de su alimento”*.

Hacia el final, Vri aparece en una presencia que ha atravesado todo lo anterior: *“Te encuentro inmortal y viva mientras acaricio la sensatez de tu piel irremediable”*. No es idealización ni certeza. Es reconocimiento. Hay intensidad, pero ya no desborde. El fuego existe, pero ahora sabe esperar.

Vri 6 no inaugura una nueva etapa ni cierra un ciclo.

Se queda en ese instante breve donde el amor deja de probarse y simplemente se sostiene. Después de la batalla, no queda la victoria.

Queda la posibilidad de cuidar lo que sigue vivo.

Vri 7: El domingo de las voces ocultas



Nota de lectura

El diálogo que existe incluso
cuando no logra oírse del
todo.

Poema

En el domingo silencioso está una mujer llamada Vri.

En la mañana silenciosa está. Tan dominical. Tan inmensa y pequeña en su necesidad de decir.

Me envía gestos, Vri. Me envía sílabas. Me envía palabras. A veces frases. Oraciones. Plegarias.

Leo sus señales. Las desentraño. Las desnudos. La desnudo. Me desnudo. Aunque sin ninguna desnudez posible.

Un poder delectante tienen sus gestos. No dicen lo que dicen, sino lo que intentan decir sin decirlo.

Así es Vri. Una piel que a veces no se sabe piel. Una piel que seca las humedades en el rubor de sus murmullos agonizantes.

En el domingo esperanzado está un hombre que soy yo.

En el domingo esperanzado estoy. Tan efímero. Tan de brumas y lluvias y espejismos. Tan yo no.

Recibo a Vri en mis adentros desde sus pasiones y las mías para que nadie más que ella y yo podamos escucharlas.

Pero, a veces, no alcanzo a escuchar las tuyas. Tan sin ella. Tan sin mí. Tan luz oculta tras la evidencia.

Así es Vri. Una mirada entre la alucinación oscura. Una mirada que aprehende la paciencia como una necesidad de los rituales anhelados.

Y yo. Yo presumiendo una libertad que palpita entre las piedras pulidas de un río que me corre, pero no alcanza para ahogarme.

Yo, único habitante de mi habitar en ella. Hoy ausente de su urgencia y de mi hueca serenidad empedernida.

Y le digo: no sé, Vri. No sé. ¿Será posible la luna en nuestro abrazo? ¿Vendrá la muerte antes que tú?

Y le digo: es domingo, Vri. Nada tan silente y desacertado como un domingo que no estoy, mientras toco y desacaricio las partes de mi cuerpo que ya no soportan tantos relojes repetidos en la misma hora que no transcurre el día.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 7 se instala en un tiempo suspendido. No ocurre en un lugar, sino en un día especial de la semana. Un día largo y silencioso en el que las horas no empujan y todo parece quedarse a medio decir. Desde la primera línea, el poema se sitúa ahí: *“En el domingo silencioso está una mujer llamada Vri”*. No es una localización precisa, es un estado. Vri habita ese espacio donde la espera y la imaginación se vuelven más audibles que el ruido.

La comunicación entre ambos llega fragmentada. No fluye: aparece en restos. “*Me envía gestos, Vri. Me envía sílabas. Me envía palabras. A veces frases. Oraciones. Plegarias*”. El ritmo cortado del verso acompaña esa forma de contacto. Nada llega completo. Todo parece un intento.

Leer, en este poema, no es comprender, sino exponerse. “*Leo sus señales. Las desentraño. Las desnudo. La desnudo. Me desnudo. Aunque sin ninguna desnudez posible*”. La repetición no busca intensidad; vacila. La desnudez no es corporal, porque no puede serlo. Es una desnudez de interpretación, de quedar abierto frente a lo que no termina de oírse.

Cuando el poema dice que las palabras “*no dicen lo que dicen, sino lo que intentan decir sin decirlo*”, no habla de un fallo del lenguaje, sino de su límite. Vri aparece hecha de rodeos, de murmullos, de sentidos que se insinúan y se retraen. No se ofrece entera: se deja entrever.

La distancia no se presenta como ruptura, sino como desajuste. “*Pero, a veces, no alcanzo a escuchar las tuyas. Tan sin ella. Tan sin mí. Tan luz oculta tras la evidencia*”. Hay luz, pero no frontal. Hay que aprender a mirarla de costado. Vri no desaparece; se vuelve indirecta.

El yo poético tampoco se afirma. Se desdibuja. “*Tan efímero. Tan de brumas y lluvias y espejismos. Tan yo no*”. La identidad se vuelve porosa. El domingo no solo detiene el tiempo: también desplaza al sujeto, lo vuelve

incierto dentro de sí mismo. La libertad que menciona no alcanza a sostenerlo: “Yo, *único habitante de mi habitar en ella*”, pero sin estabilidad. Hay movimiento, pero no alivio.

Las preguntas finales no buscan respuesta. “¿*Será posible la luna en nuestro abrazo? ¿Vendrá la muerte antes que tú?*” Surgen cuando el tiempo se estanca y la espera empieza a medirlo todo. El domingo deja de ser un día y se vuelve una repetición: “*tantos relojes repetidos en la misma hora que no transcurre el día*”.

Vri 7 no empuja el vínculo hacia una resolución.

Ni lo rompe del todo.

Lo deja suspendido en esa zona donde algo insiste, pero no termina de llegar.

Aquí el amor no llega a consumarse.

Permanece como escucha, aunque a veces no alcance a oír.

Vri 8: La vulnerabilidad



Nota de lectura

Cuando la ausencia deja al
cuerpo sin coordenadas.

Poema

De repente la ciudad se vuelve irracional y el inhóspito recuerdo de Vri invade todas las calles, todos los nombres, todos los gestos, todas las miradas en las que veo la belleza de su andar, la consistencia frágil de su cada vez que llega.

Pero la ciudad insiste y se vuelve irracional y moribunda como la niebla desangelada que amenaza con devastar la noche y retirar de mi cuerpo la sombra de Vri.

Desatinada y loca como la disparatada sensación de ver a Vri tan rutilante y tan ella y tan movediza en los lugares desamparados por donde transcurro.

Estrafalaria, incomprensible, falsa, hueca, toda la ciudad es melancolía.

¿La ciudad que siente Vri se vuelve incongruente y demencial como la mía?

¿Corre por las calles algún ventarrón que levanta pedazos de papel escritos para Vri, gestos, olores, sabores, movimientos?

¿Podiera Vri hacer el milagro -porque Vri es el milagro- de devolverme aquellos trazos de vida que se quedaron con ella?

Absurda ciudad es Vri, absurda como la tarde
incapaz de abrazarme, incapaz de entender lo que
implica la infelicidad.

¿Mi vacío también le sonará ilógico a Vri o sólo yo
soy el renegado, el jinete oscuro que cabalga sobre
ilusiones huecas?

La no ciudad mía y la no ciudad de ella, ciudad de
inundaciones y soles crueles, ciudad sin ningún
motivo, paradojas espaciales que nos deshabitan,
que nos desarman, que nos mantienen colgados de
los desatinos.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 8, la ciudad ya no es solo un fondo por donde se camina: empieza a desajustarse desde dentro y a proyectarse hacia afuera. No hay un límite claro entre lo que ocurre en el espacio y lo que ocurre en quien lo habita. Todo se vuelve desplazamiento, ruido, alteración. Desde el inicio, el poema no describe un lugar, sino una ruptura: *“De repente la ciudad se vuelve irracional”*. Ese “de repente” no anuncia un hecho; marca un quiebre. Algo dejó de sostenerse.

La ausencia de Vri no se nombra como falta puntual, sino como invasión. Está en *“todas las calles, todos los nombres, todos los gestos”*. La ciudad se llena de ella porque no está o porque se la percibe de otra forma. Cada rincón devuelve una versión incompleta de su presencia. Lo externo no desaparece: se contamina de memoria, de deseo, de insistencia.

El poema vuelve una y otra vez sobre esa irracionalidad, como si repetirla fuera la única forma de no perderse del todo. La ciudad *“insiste”*, se vuelve *“moribunda”*, se cubre de niebla. No es una imagen decorativa: es una percepción alterada que afecta tanto al entorno como a quien lo recorre. Cuando Vri hace falta, lo conocido deja de responder.

Hay momentos en que Vri aparece como una visión móvil, casi imposible: *“tan rutilante y tan ella y tan movediza”*. No trae alivio. Al contrario, intensifica el extravío. Verla —o creer verla— no ordena el espacio: lo vuelve más inestable.

El poema nombra esa fragilidad sin buscar consuelo: *“Estrafalaria, incomprensible, falsa, hueca”*. La ciudad se vacía de sentido. No sostiene. No cobija. La melancolía deja de ser un estado de ánimo y empieza a ocupar el espacio.

Las preguntas no reclaman respuesta. *“¿La ciudad que siente Vri se vuelve incongruente y demencial como la mía?”* No se trata de ubicar a Vri, sino de intuir si también para ella el mundo se ha desplazado. Si el

desajuste es compartido o si el quiebre ocurre solo en uno.

Cuando el poema nombra el milagro, no lo hace desde la certeza. “*porque Vri es el milagro*” aparece más como reconocimiento que como promesa. El milagro no sería el reencuentro, sino la posibilidad — quizá imposible— de recuperar “*aquellos trazos de vida*” que se quedaron con ella.

El yo poético no se separa de la fractura. Se nombra “*renegado*”, “*jinete oscuro*”, alguien que avanza sobre “*ilusiones huecas*”. No hay heroicidad en esa imagen. Hay desgaste, exposición, una forma de permanecer sin resguardo.

El cierre reúne ambas ausencias en una misma figura: “*la no ciudad mía y la no ciudad de ella*”. No son solo espacios interiores ni lugares externos reconocibles. Son zonas donde lo vivido y lo imaginado se confunden, ciudades atravesadas por “*inundaciones y soles crueles*”, por paradojas que deshabitan y desarman. No se encuentran, pero comparten el mismo desorden.

Vri 8 no busca orientación.

Permanece en el extravío.

Aquí amar no es avanzar.

Es atravesar una ciudad que se desarma a cada paso, donde lo interior y lo exterior ya no se distinguen y lo único que persiste es la conciencia de estar a la intemperie.

Vri 9: La levedad que desarma



Nota de lectura

Cuando lo que apenas roza
deja una marca profunda.

Poema

Como una aparición, Vri, como una mariposa de sabores líquidos.

Así eres, Vri, un relámpago que emana distancia y cercanía, que redobla los tambores de toda su infinitud mientras mis pasos tiemblan en el aire.

Hay una lluvia adolescente que teme la prisa y la lentitud, una lluvia adolescente que adolece de compasiones y rubores, de consejos que recomiendan no bucear entre los sueños.

No sé, Vri, qué vaya a registrar la historia cuando llegue la hora de contar lo que no pudimos contarnos en los susurros que solíamos imaginar como caminantes dubitativos.

Hoy atravesaste alguna casualidad como si algún cielo descolocado intentara cobijar mis disimulos.

Tan solventes y firmes tus alas, Vri, templadas en el oxígeno mientras sobrevuelas el aluvión de las indecisiones corazonadas.

Me gusta observar los tonos de las telas que te cubren y te descubren. Saber que los hombres te desean sin ninguna otra certeza que tu luz, que los hombres se aplauden a sí mismos por tenerte imaginaria y próxima.

Yo voy arrastrando mi agua cuando huyo de ti y me quedo en mí tan desolado. Triste es la alegría de saberte, Vri, conmovedora es tu sonrisa ajena y conmovedores son tus abrazos apacibles bajo los momentos desbocados.

¿Cómo eres, Vri, cuando no eres? ¿Cómo haces para simbolizar los equilibrios y la calma?

Yo podría amanecer muerto en una esquina sucia junto al bar donde nunca nos encontramos.

Podría amanecer muerto, Vri, y nadie comentará que allí estuvo mi cadáver reverente a la espera de recibir tus bendiciones frágiles mientras alzabas tu vuelo de colores confundidos.

Cuéntame cómo haces, Vri, cómo hiciste para deshacerme entre tus dedos serenos.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En este poema, Vri no irrumpe ni se impone. Llegar como llegan las presencias que no anuncian su poder: apenas rozan y, sin embargo, algo ya no vuelve a armarse del todo. El texto se abre desde esa fragilidad luminosa: *“Como una aparición, Vri, como una mariposa de sabores líquidos”*. No hay peso en la imagen. Hay tránsito.

La levedad no funciona aquí como sinónimo de superficialidad, sino como una forma de intensidad

que no necesita fijarse para ser decisiva. Vri aparece como *“un relámpago que emana distancia y cercanía”* y en esa tensión se juega todo: ilumina lo suficiente para que algo se revele y se retire antes de convertirse en posesión. Pero esa misma levedad no borra lo que deja: lo desplaza, lo altera, lo mantiene en una forma de permanencia que no termina de asentarse.

La lluvia adolescente instala un clima de incertidumbre. No cae con convicción; duda. *“una lluvia adolescente que teme la prisa y la lentitud”*. Esa oscilación no es inmadurez, sino sensibilidad. La emoción aún no ha aprendido a endurecerse y, por eso mismo, resulta más vulnerable, más expuesta.

El poema avanza entre apariciones mínimas y preguntas que no buscan respuesta. Cuando el yo poético confiesa *“no sé, Vri, qué vaya a registrar la historia”*, no piensa en un relato futuro, sino en la dificultad de fijar lo que ocurre entre dos. Lo vivido no alcanza a convertirse en acontecimiento, pero deja huella, incluso cuando parece desvanecerse.

Vri atraviesa el mundo como una casualidad que sabe más de lo que muestra. *“Hoy atravesaste alguna casualidad como si algún cielo descolocado intentara cobijar mis disimulos”*. Su paso no organiza el entorno: lo desacomoda. Pero no desaparece del todo. Permanece como una presencia que sigue actuando incluso cuando ya no está.

Las alas de Vri regresan como imagen insistente. Son firmes, templadas, capaces de

sostenerse incluso cuando el aire está hecho de indecisiones. Frente a esa ligereza, el yo lírico se reconoce distinto: *“Yo voy arrastrando mi agua cuando buyo de ti y me quedo en mí tan desolado”*. No hay reproche en esa diferencia, pero sí un peso que no se disuelve. La levedad de Vri no cancela la densidad de quien la nombra; la hace más visible.

La pregunta *“¿Cómo eres, Vri, cuando no eres?”* no intenta definirla. Más bien reconoce que Vri existe incluso en la ausencia, que su forma no depende de la presencia física. Es un modo de permanecer sin ocupar del todo el espacio, pero sin dejar de afectarlo.

El momento más extremo del poema —*“Yo podría amanecer muerto en una esquina sucia junto al bar donde nunca nos encontramos”*— no busca la conmoción. Señala una verdad silenciosa: el mundo puede continuar sin registrar aquello que para uno fue decisivo. La levedad del otro no impide el peso de lo que deja en quien permanece.

Y, sin embargo, el poema no se cierra en la pérdida. Termina en una pregunta dirigida a la suavidad: *“Cuéntame cómo haces, Vri, cómo biciste para deshacerme entre tus dedos serenos”*. No fue el golpe lo que desarmó, sino el gesto leve. No fue el exceso, sino la calma.

En Vri 9, la levedad no reemplaza el peso.

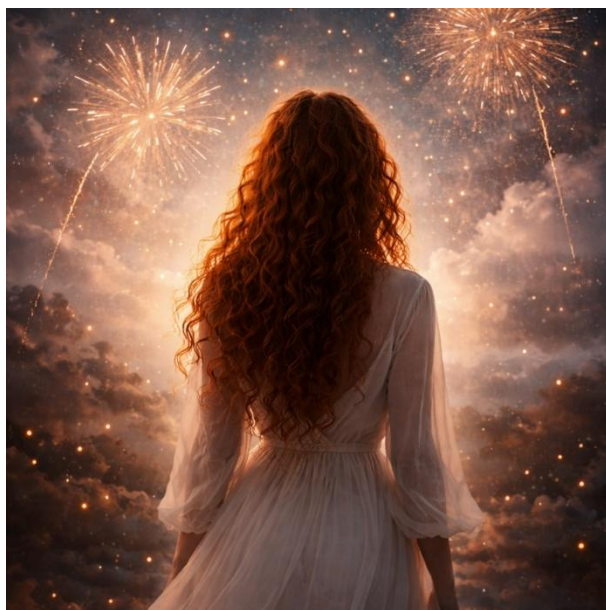
Convive con él.

No salva ni protege.

Desarma.

Y en ese desarme, algo esencial queda expuesto, sin estridencia, como una mariposa que ya se fue, pero dejó el aire distinto.

Vri 10: El fuego creador



Nota de lectura

Cuando el deseo empieza a
inventar su propia música

Poema

Estallo contigo, Vri, florecimiento inusitado, gritos
silenciosos mientras tus palabras exactas dichas

a lo lejos y tan cerca me arrastran en el vértigo
bajo la inmensidad de un cielo sorprendido.

No hay espacio que nos limite, Vri, no hay puertas,
no hay ventanas, no hay distancias ni sonidos,
nada nos asfixia ni encierra mientras mi todo se
mueve en tu homenaje.

Baja de algún cielo la complicidad de tus ángeles
inexistentes, Vri,

arman una fiesta de deseos y fuegos artificiales

y me hacen saber que estás estando y sin estar, tan
decisiva,

tan dictadora de mis violentos oleajes contra las
rocas de la sensatez y el exterminio.

Nadie más que yo sabe de la fugacidad eterna de lo
que miro en ti, de lo que mueve mis sentidos como
una nostalgia que no cabe en las nostalgias de los
poemas escritos para la estética de los aplausos.

Yo no, Vri, yo no. Hay un carrusel de los sentires
cuando nos conectan los amaneceres clandestinos.

Son placeres visibles en lo invisible del rumor
noctámbulo porque ya es la hora de tu sueño, Vri,

tú siempre tan cuidadosa y estratega, tan
disciplinada en tus dormires a menos que yo, bajo
tu guía, sea capaz de desvelarte con la rendición del
deseo.

¿Qué es todo esto, Vri, qué es esto que no es y, sin
embargo, lo tengo volcánico entre mis manos
imaginadas en los decretos de tus urgencias?

Ya debes dormir, Vri, pero vas cerrando los ojos
despacito, inmensamente despacio mientras
escuchas la canción que has escrito tú, Vri, que has
escrito tú aunque otros la canten y me hablen por
siempre de ti.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 10 se abre como una combustión. No hay antesala ni preparación: “*Estallo contigo, Vri*”. El poema no entra en el fuego; nace dentro de él. Todo ocurre en ese punto donde el vínculo deja de ser solo emoción y se convierte en una potencia que crea, pero también desborda.

Aquí no hay límites claros. “*no hay puertas, no hay ventanas, no hay distancias ni sonidos*”. No se trata de una escena compartida, sino de un estado interior

donde las fronteras dejan de operar. El lenguaje se expande como si la experiencia hubiera sobrepasado cualquier forma conocida. El deseo no pide contención; empuja. Y en ese empuje aparece también una fuerza que no es solo luminosa: algo golpea, insiste, se vuelve oleaje contra lo que intenta sostenerlo.

Vri aparece como una presencia decisiva aun cuando no está. *“estás estando y sin estar”*. Esa paradoja sostiene todo el poema. No hay afirmación de un encuentro estable, sino la vivencia de una cercanía que se produce desde la ausencia. Vri no necesita irrumpir físicamente para incidir en el movimiento interior de la voz lírica. Su influencia es profunda, casi invisible. Cuando el poema la nombra *“dictadora de mis violentos oleajes contra las rocas de la sensatez y el exterminio”*, no hay exageración: hay reconocimiento de una fuerza que no solo impulsa, sino que también tensiona y desestabiliza.

El clima es clandestino, pero no nocturno en sentido cerrado. Ocurre en ese borde donde el tiempo se desplaza: *“cuando nos conectan los amaneceres clandestinos”*. No es una relación que se exhibe, sino una intensidad que se vive fuera de la mirada del mundo. Por eso el poema se distancia de *“las nostalgias de los poemas escritos para la estética de los aplausos”*. Aquí no se escribe para ser visto, sino para sostener un fuego que no siempre se deja nombrar.

La aparición de los “*ángeles inexistentes*” no eleva el poema hacia una espiritualidad convencional. Lo sitúa en una zona íntima, inventada, donde lo sagrado no viene de arriba, sino de la complicidad imaginada. No protegen: acompañan la intensidad de lo que ocurre.

Hacia el final, el fuego no se apaga, pero cambia de ritmo. Vri duerme o está por dormir. El yo poético permanece en la vigilia. Y en ese desplazamiento aparece una intuición: Vri parece crear. “*la canción que has escrito tú, Vri, que has escrito tú aunque otros la canten y me hablen por siempre de ti*”. No es una afirmación cerrada, sino una sospecha persistente. Ella no se declara autora, pero algo en su forma de estar deja huella, organiza, da origen.

La pregunta se mantiene abierta: “*¿Qué es todo esto, Vri, qué es esto que no es y, sin embargo, lo tengo volcánico entre mis manos imaginadas en los decretos de tus urgencias?*”. No busca respuesta. Nombra una experiencia que no termina de fijarse, pero que actúa con intensidad.

En Vri 10, el amor no se afirma como presencia compartida ni como promesa. Es potencia.

Una fuerza que crea, pero también desborda, que ilumina y, al mismo tiempo, empuja contra sus propios límites.

Un estado donde el deseo hace lenguaje, aunque no siempre logre contener lo que enciende.

Vri 11: La plenitud del deseo



Nota de lectura

El deseo cuando ya no necesita empujar.

Poema

Tan tocable Vri, desde las delicadas yemas de sus dedos hasta los violentos huracanes de su alma.

Tan deseable, tan profunda. Tan nueva siempre, reinventándose en el vuelo de sus pájaros.

Tantas excursiones por las flores de la piel.

Tanta imaginación, encuentro de sudores, sexo atmosférico, exploración de incertidumbres.

Ella es tan ella que es ella. Compleja estrategia para frenar el desbordamiento de los espíritus.

Tan ella como agitadas olas de las ilusiones escondidas bajo los silencios de sus fuegos y sus necesidades.

Tan intangible desde los pensamientos hasta las voluntades de los inasibles buques y urgencias.

Tan alcanzable desde el sabor de su mirada cuando su corazón abre las puertitas.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 11 el poema no avanza: se instala. No hay urgencia ni sobresalto, pero tampoco quietud vacía. El deseo no irrumpe ni reclama; habita. Y en ese habitar hay una intensidad contenida que no desaparece, solo aprende a sostenerse.

Desde el primer verso se percibe una amplitud corporal y emocional sostenida: *“Tan tocable Vri, desde las delicadas yemas de sus dedos hasta los violentos huracanes de su alma”*. Lo delicado y lo intenso no se oponen;

conviven. El deseo no fragmenta el cuerpo ni el afecto: los reúne en una misma presencia asumida, donde la fuerza no desborda, pero tampoco se apaga.

La repetición del “tan” no acelera el poema: lo afirma. *“Tan deseable, tan profunda. Tan nueva siempre, reinventándose en el vuelo de sus pájaros”*. No hay duda ni pregunta. Hay reconocimiento. Vri no aparece como una incógnita que deba resolverse, sino como una presencia que se renueva sin desestabilizar, aunque en esa renovación siga latiendo algo imprevisible.

El cuerpo se nombra sin ocultamiento, pero tampoco desde la exageración: *“Tantas excursiones por las flores de la piel. / Tanta imaginación, encuentro de sudores, sexo atmosférico, exploración de incertidumbres”*. Nada se disimula, pero tampoco se impone. El deseo circula con naturalidad, aunque conserve una zona de exploración, de incertidumbre, que impide que se vuelva completamente estable.

La frase *“Ella es tan ella que es ella”* funciona como un núcleo silencioso. No define ni explica. Acepta. En ese gesto hay algo inusual: el deseo no intenta modificar al otro ni apropiárselo. Se ajusta a su forma sin perder intensidad, incluso cuando esa forma implica movimiento, profundidad, cambio.

Cuando aparece la idea de contención — *“Compleja estrategia para frenar el desbordamiento de los espíritus”* — no se instala el conflicto, pero sí se reconoce una fuerza que necesita sostenerse. El freno no nace del miedo, sino del cuidado. El deseo no se

elimina: se regula para no romper lo que ha logrado mantenerse.

El poema avanza entre tensiones que no se contradicen. *“Tan ella como agitadas olas de las ilusiones escondidas bajo los silencios de sus fuegos y sus necesidades”*. Hay calma, pero también oleaje. Hay plenitud, pero no inmovilidad. Lo que se ha alcanzado no es una quietud absoluta, sino un equilibrio vivo.

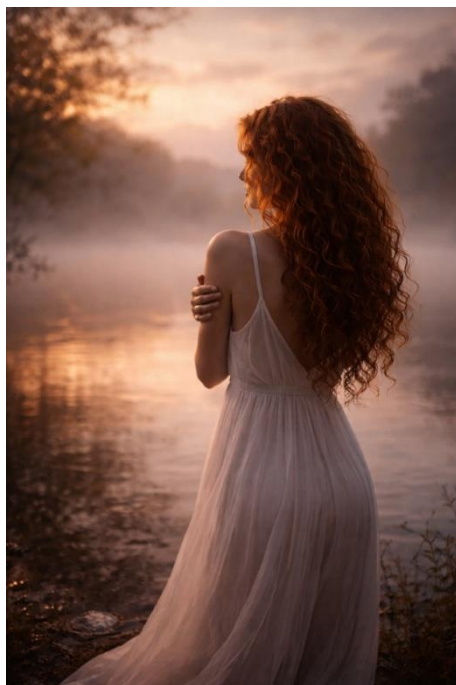
El cierre reúne lo intangible y lo alcanzable sin anular su diferencia: *“Tan intangible desde los pensamientos hasta las voluntades de los inasibles buques y urgencias. / Tan alcanzable desde el sabor de su mirada cuando su corazón abre las puertitas”*. No hay oposición entre cuerpo y espíritu, entre cercanía y profundidad. El poema no elige: permite que ambos existan al mismo tiempo.

Por eso Vri 11 ocupa un lugar tan preciso en la espiral. Es uno de esos momentos infrecuentes donde el amor no duele ni se defiende, pero tampoco se vuelve estático. Permanece en una forma de intensidad que ya no necesita probarse.

Aquí el deseo no arde sin control ni se repliega.
Se sostiene.

Y en esa plenitud, todavía viva, late una fuerza que no desaparece, solo aprende a permanecer.

Vri: La intensidad



Nota de lectura

Una tensión que no se
resuelve, pero persiste

Poema

A veces eres distancia y abrazo, Vri, como si fuera posible aguantar la respiración hasta verte nunca.

Distancia y abrazo, Vri, silencio y grito como el futuro que no es ni será: hay tanto presente por existir, y sin embargo...

Son tristezas suaves que no por eso dejan de ser tristezas. Son vacíos como un alud susurrante.

Penas que se acumulan en algún lugar de nuestra historia, soledades que intentamos apaciguar con palabras que vuelan en el transcurso del viento.

Estar contigo sin estar, Vri, como un castigo del pasado, cuando no ocurrió, cuando no fue el encuentro decisivo para mordernos las almas.

A veces soy distancia y abrazo, Vri, como si fuera posible besar tu imagen hasta tocar el horizonte.

Distancia y abrazo, Vri, desasosiego y duda como los días que extienden las horas inútiles.

Son promesas y plazos estacionados en el aire rotundo de la realidad, como una línea que gira y nos abandona en lejanos puntos del desconsuelo.

Y así el desafío de permanecer, Vri, así la urgencia de la lentitud cuando nuestros soles no se cruzan, cuando el mapa detenido se vuelve laberinto.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 12, la intensidad no nace del estallido, sino de la convivencia sostenida entre opuestos que no logran separarse. El poema no busca una resolución clara; lo que lo sostiene es esa tensión que persiste. Desde el primer verso se instala esa condición: *“A veces eres distancia y abrazo, Vri, como si fuera posible aguantar la respiración hasta verte nunca”*. No es una imagen conciliadora. Es una afirmación imposible que, sin embargo, se sostiene.

La paradoja no se plantea como conflicto momentáneo, sino como estado. *“Distancia y abrazo, Vri, silencio y grito como el futuro que no es ni será: hay tanto presente por existir, y sin embargo...”*. El poema no intenta elegir entre una cosa y otra. Permanece ahí, en esa franja donde lo contradictorio no se anula, sino que se acumula y adquiere peso.

La intensidad se vuelve entonces una forma de acumulación. *“Son tristezas suaves que no por eso dejan de ser tristezas. Son vacíos como un alud susurrante”*. Lo suave no atenúa el impacto; lo prolonga. No hay estridencia, pero sí una presión constante, un deslizamiento que no se detiene. La emoción no explota: se instala y avanza en silencio.

El pasado aparece como una zona que no termina de cerrarse. *“Estar contigo sin estar, Vri, como un castigo del pasado, cuando no ocurrió, cuando no fue el encuentro decisivo para mordernos las almas”*. No hay reproche directo, pero sí conciencia de lo que no se realizó. Lo que no ocurrió adquiere una densidad propia, como si también formara parte de la historia.

Cuando la voz se incluye en la paradoja, la tensión se vuelve compartida: *“A veces soy distancia y abrazo, Vri, como si fuera posible besar tu imagen hasta tocar el horizonte”*. No es solo Vri quien encarna la contradicción. El yo lírico también la habita. El deseo no busca resolverse, sino nombrar ese límite donde tocar y no tocar ocurren al mismo tiempo.

El tiempo no avanza: se dilata. *“Distancia y abrazo, Vri, desasosiego y duda como los días que extienden las horas inútiles”*. No hay vacío, sino espera. Las horas se alargan sin conducir a un encuentro. *“Son promesas y plazos estacionados en el aire rotundo de la realidad”*. Todo permanece suspendido, pero no detenido: sigue pesando.

El cierre no propone una salida, pero sí una forma de sostenerse: *“Y así el desafío de permanecer, Vri, así la urgencia de la lentitud cuando nuestros soles no se cruzan, cuando el mapa detenido se vuelve laberinto”*. Permanecer no es inmovilidad. Es sostener la tensión sin que se rompa, aceptar que el camino no es recto, que la orientación se pierde y, aun así, algo insiste.

En Vri 12, la intensidad no se descarga ni se disuelve.

Se acumula.

Se sostiene.

Y en esa permanencia tensa, el amor no elige entre distancia o abrazo, porque en esa coexistencia —inestable, persistente— encuentra su única forma de seguir siendo.

Vri 13: La plenitud que no se exhibe



Nota de lectura

La plenitud que sucede en voz baja

Poema

A veces el amor es invisibilidad persistente, Vri, una paz temblorosa, un muñeco de nieve que se deshace en el miedo de las tardes solitarias.

Afuera la lluvia es una insoportable manera de direccionar los pensamientos. Tú sabes que no siempre el agua es una bendición.

Te anhele, Vri, para que me lleves de la mano al jardín donde caminan nuestros laberintos. Para que me digas que todavía hacen falta muchas canciones necesarias de escucharlas juntos.

Hay temperaturas, Vri, que nada tienen que ver con el paisaje ni las horas.

Mi frío, por ejemplo, es un fuego oculto en una sábana silenciosa. Tu calor es urgencia de una mirada fresca, de palabras como viento poderoso.

Las luces de la noche son distintas y, sin embargo, Vri, hay una oscuridad compartida donde los sueños abrazan los porvenires.

Qué vastedad tan breve tu presencia minuciosa en los años inagotables.

Qué delirio tan conmovedor mi deseo de hablarte a los labios desde la horizontalidad de los míos.

Así se desborda, sigiloso y atento, nuestro corazón
desnudo, nuestro sol que se aproxima.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 13, el amor ya no necesita afirmarse ni probar su intensidad, pero tampoco se cierra sobre sí mismo. Permanece hacia adentro y, al mismo tiempo, se proyecta con una suavidad que no busca exhibirse. Existe como una constelación íntima que se reconoce en lo mínimo, sin dejar de moverse.

Desde el primer verso, el poema se instala en esa clave: *“A veces el amor es invisibilidad persistente, Vri, una paz temblorosa, un muñeco de nieve que se deshace en el*

miedo de las tardes solitarias". No hay proclamación ni exceso. Hay una permanencia frágil, algo que tiembla y, sin embargo, no desaparece. El amor no se fija: acompaña mientras puede, y en ese acompañar deja una huella sensible.

La lluvia que cae afuera no purifica ni consuela: *"Afuera la lluvia es una insoportable manera de direccionar los pensamientos. Tú sabes que no siempre el agua es una bendición"*. El clima no limpia; obliga a sentir. Incluso lo que parece suave puede volverse insistente, dirigir, incomodar. La experiencia no se evita: se atraviesa.

El anhelo se expresa sin estridencia, pero no sin impulso: *"Te anhelo, Vri, para que me lleves de la mano al jardín donde caminan nuestros laberintos. Para que me digas que todavía hacen falta muchas canciones necesarias de escucharlas juntos"*. No se trata de posesión, pero tampoco de quietud plena. Hay una búsqueda, una proyección hacia lo que aún no ocurre, un deseo que quiere realizarse sin perder su delicadeza.

Una de las claves del poema aparece cuando el tiempo emocional se separa del tiempo real: *"Hay temperaturas, Vri, que nada tienen que ver con el paisaje ni las horas. Mi frío, por ejemplo, es un fuego oculto en una sábana silenciosa. Tu calor es urgencia de una mirada fresca, de palabras como viento poderoso"*. El frío y el calor no responden al clima, sino al vínculo. El deseo no desaparece: se transforma, arde sin mostrarse del todo, pero conserva su intensidad.

La diferencia entre ambos no rompe el lazo: *“Las luces de la noche son distintas y, sin embargo, Vri, hay una oscuridad compartida donde los sueños abrazan los porvenires”*. Cada uno habita su propia percepción, pero existe un territorio común donde ambos permanecen. No hay coincidencia total, pero sí una forma de encuentro.

El poema alcanza una lucidez serena cuando nombra el tiempo compartido: *“Qué vastedad tan breve tu presencia minuciosa en los años inagotables”*. No importa la duración, sino la densidad. Vri aparece de manera precisa, breve, pero su presencia se expande más allá de lo medible.

El deseo físico, cuando surge, no irrumpe de manera abrupta, pero tampoco se diluye: *“Qué delirio tan conmovedor mi deseo de hablarte a los labios desde la horizontalidad de los míos”*. Es un gesto que se desliza con delicadeza, pero que conserva su fuerza. No hay imposición, pero sí cercanía que busca realizarse.

El cierre confirma el tono del poema: *“Así se desborda, sigiloso y atento, nuestro corazón desnudo, nuestro sol que se aproxima”*. El desborde no es ruido ni exceso. Es una expansión contenida, una intensidad que no necesita exhibirse para existir.

En Vri 13, el amor no se anuncia ni se defiende.

Habita.

Se proyecta.

Permanece.

Y en esa plenitud que no se exhibe, todavía late un impulso que no se detiene, una forma de deseo que, sin alzarse, sigue avanzando.

Vri 14: Lo que nunca fuimos



Nota de lectura

La conciencia de lo no vivido

Poema

Un domingo sin Vri será
un pétalo irremediable,
un desamor que se detiene
entre las derrotadas piedras
tatuadas con ceniza.

Aunque no sé si sea así,
porque nunca he tenido
un domingo con Vri.

Nunca, Vri, ¿verdad?

Nunca un árbol con un bosque
adentro, nunca un sonido nuevo,
nunca un sol bajo las sábanas,
nunca un picaflor curioso.

Puedo imaginar también
un domingo sin yo solo
como un café improvisado,
alguna mermelada en el queso,
un pan desafinado.

Puedo imaginar también
una mañana que finge ser distinta
como una inútil redundancia.

Un domingo cruel y empolvado

como una emboscada, un sabotaje,
una conspiración brusca
para trastocar la belleza
de un día cualquiera
entre semana,
por ejemplo un martes
de un mediodía trepidante
o un jueves inmoral y espeso
o un lunes bobo y prolongado.
Esos días, Vri, esos días asustados
de apuros y puertas mal cerradas,
prófugos de los relojes
y de las agendas y puntualidades.
Esos días, Vri, esos días musicales
que tampoco nunca hemos vivido
como pudimos/como debimos
hacerlo al menos un domingo.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 14 es un poema que no se apoya únicamente en la ausencia, sino en algo más delicado y difícil de nombrar: lo que no llegó a ser. No hay recuerdo al que volver ni escena perdida que duela. Hay, en cambio, una lucidez que se atreve a mirar aquello que no ocurrió y, sin embargo, pesa.

Desde el primer verso, el poema ensaya una imagen que parece afirmarse y enseguida se pone en duda: *“Un domingo sin Vri será / un pétalo irremediable, /*

un desamor que se detiene / entre las derrotadas piedras / tatuadas con ceniza". Pero casi de inmediato aparece la conciencia que desarma esa posibilidad: "*porque nunca he tenido / un domingo con Vri*". No se trata de perder algo, sino de reconocer que ese algo nunca existió en la experiencia.

El texto se construye en esa tensión suave: imaginar lo que falta y aceptar, al mismo tiempo, que no hay vivencia que lo sostenga. Por eso la repetición del "nunca" no acusa ni dramatiza. Enumera. Constata: "*Nunca un árbol con un bosque / adentro, nunca un sonido nuevo, / nunca un sol bajo las sábanas, / nunca un picaflor curioso*". Son imágenes posibles, no recuerdos rotos. El poema no llora lo vivido: nombra lo que pudo haber sido.

Hay un desplazamiento importante cuando el yo poético se incluye en la falta: "*Puedo imaginar también / un domingo sin yo solo / como un café improvisado, / alguna mermelada en el queso, / un pan desafinado*". Aquí no solo falta Vri. Falta también una forma de sí mismo que no llegó a existir. El domingo se convierte en un espacio donde la identidad no se completa.

Las escenas que siguen —la mañana que finge ser distinta, la redundancia inútil— no buscan consuelo. Son gestos mínimos que revelan una vida que continúa, pero sin dirección clara: "*Puedo imaginar también / una mañana que finge ser distinta / como una inútil redundancia*". El poema no idealiza el domingo: lo vuelve incierto, incluso hostil: "*Un domingo cruel y*

empolvado / como una emboscada, un sabotaje, / una conspiración brusca”.

Cuando el texto enumera los días de la semana, ocurre algo decisivo. El domingo pierde su singularidad y se disuelve entre otros días: *“por ejemplo un martes / de un mediodía trepidante / o un jueves inmoral y espeso / o un lunes bobo y prolongado”*. El tiempo deja de organizarse alrededor de un centro. Todo queda atravesado por la misma sensación de desajuste.

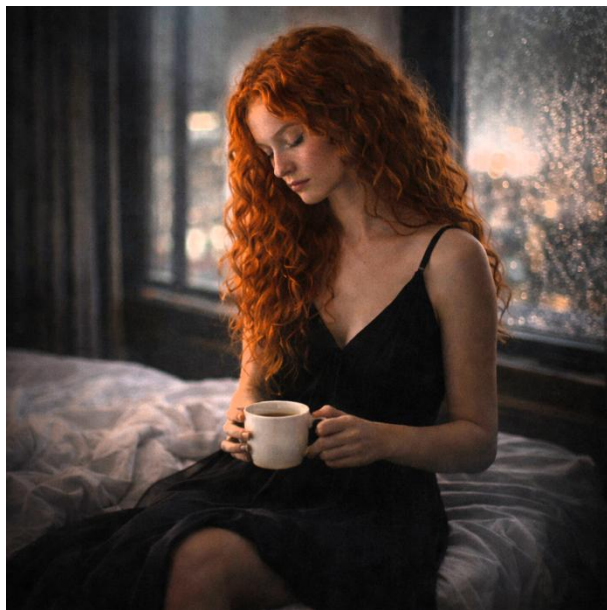
La imagen de los días como fuga es especialmente precisa: *“Esos días, Vri, esos días asustados / de apuros y puertas mal cerradas, / prófugos de los relojes / y de las agendas y puntualidades”*. No hay orden ni estabilidad. El tiempo no se sostiene, se escapa.

El cierre reúne todo en una comprensión sobria: *“Esos días, Vri, esos días musicales / que tampoco nunca hemos vivido / como pudimos/ como debimos / hacerlo al menos un domingo”*. No hay reproche. Hay reconocimiento. Hubo una posibilidad —no realizada— que, aun así, deja marca.

En Vri 14, el amor no se recuerda ni se espera. Se reconoce como una forma de vida que pudo haber sido y no fue.

Y en esa aceptación —sin dramatismo, sin consuelo— el poema alcanza una claridad profunda: hay vínculos que no necesitan historia para dejar huella, basta con haberlos imaginado con tanta precisión.

Vri 15: Tristeza de tristezas



Nota de lectura

Cuando el dolor no busca
remedio ni consuelo

Poema

Es tarde, Vri. Es tarde o, quizás, temprano. Todo depende de si a las tres de la madrugada sigues despierta o si acabas de despertar.

Hay un pájaro que hace surf a mi alrededor y un pez que da vueltas sobre mi cabeza.

Supongo que son síntomas de vejez prematura o cansancio de sonreír a los extraños cuando en la calle me cierra el paso un gato negro.

Estoy enfermo, Vri. Y sé que la distancia que nos junta no arma puentes imaginarios ni es capaz de traerte aunque fuera como holograma.

Aún así quiero contarte que por las noches se me atraviesan sabores amargos en el alma y que sueño una y otra vez caminar bajo una escalera.

¿Has escuchado de las malas vibras, del karma o de la gente tóxica?

Dicen que eso hace daño, Vri, que no es aconsejable ir con traje de tonos marrón a un funeral donde uno mismo es el cadáver.

Pero dicen cualquier cosa para estropearnos la tristeza.

Como si nosotros, los afligidos, no tuviéramos derecho a masticar las penas imposibles o a atravesar con estremecimiento el luto silencioso.

El pájaro que se zambulle en los mares de las angustias y pide compasión urgente es el pez que me toca el cristal de la ventana del piso 18 para que lo ayude a limpiar los restos del entusiasmo.

Vamos, Vri, nada puede ser peor que tropezar con un perro desamparado o con un camión que viene contra nosotros como un capricho de las causalidades.

Caminemos de forma sinuosa entre los sentidos. ¿Qué más podemos hacer para no reverenciar a los arcángeles incorrectos o al solemne rey que mantiene de rehenes a las vírgenes en las sórdidas habitaciones del palacio?

A los depresivos, Vri, no nos corresponde decir gracias cuando alguien trata de aliviar nuestras derrotas compadeciéndonos con palmaditas en la espalda.

Tristeza de tristezas. Espero que en la taza de café
que algún rato compartamos sea posible descubrir
el secreto de las flores transparentes o el dolor
enmudecido.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 15, el poema avanza como alguien que camina sin rumbo fijo, pero sin detenerse. Desde el primer verso, el tiempo pierde estabilidad: *“Es tarde, Vri. Es tarde o, quizás, temprano. Todo depende de si a las tres de la madrugada sigues despierta o si acabas de despertar”*. No se trata de una confusión horaria, sino de una percepción alterada del estar. El yo poético ya no mide el tiempo por relojes, sino por la posibilidad —o no— de coincidir con el otro.

Las imágenes que aparecen enseguida parecen livianas, casi juguetonas: *“Hay un pájaro que hace surf a mi alrededor y un pez que da vueltas sobre mi cabeza”*. Pero ese gesto no alivia del todo. Hay algo desplazado, fuera de lugar. Lo que podría parecer imaginación ligera también funciona como síntoma de un desajuste más profundo. El mundo ya no responde a una lógica estable.

El poema regresa entonces al cansancio: *“Supongo que son síntomas de vejez prematura o cansancio de sonreír a los extraños cuando en la calle me cierra el paso un gato negro”*. No hay dramatismo, pero sí desgaste. La vida cotidiana aparece atravesada por una fatiga que no se explica del todo, pero se siente.

Cuando el yo lírico dice *“Estoy enfermo, Vri. Y sé que la distancia que nos junta no arma puentes imaginarios ni es capaz de traerte aunque fuera como holograma”*, no hay énfasis ni pedido de auxilio. Es una constatación. El poema no se engaña: la distancia no inventa soluciones. Y, aun así, insiste en hablar, en contar, en decir. Esa contradicción —saber que no sirve y hacerlo igual— sostiene el movimiento del texto.

Las referencias a *“las malas vibras, del karma o de la gente tóxica”* aparecen como voces externas que intentan explicar el dolor. El poema las nombra para apartarlas: *“dicen cualquier cosa para estropearnos la tristeza”*. Hay aquí una defensa silenciosa del derecho a sentir sin correcciones. No se busca alivio inmediato, sino respeto por lo que duele.

La imagen del pájaro y el pez regresa transformada: *“El pájaro que se zambulle en los mares de las angustias y pide compasión urgente es el pez que me toca el cristal de la ventana del piso 18 para que lo ayude a limpiar los restos del entusiasmo”*. Ya no hay juego. Todo está fuera de lugar. La lógica se invierte y no intenta recomponerse. El poema no corrige ese desorden: lo habita.

Hay una invitación a seguir, aunque sea sin dirección clara: *“Caminemos de forma sinuosa entre los sentidos”*. No es un gesto heroico. Es apenas una forma de no detenerse. Y junto a ese avance irregular aparece el descreimiento: no hay confianza en figuras que ordenen el mundo, ni en respuestas externas que devuelvan sentido.

Uno de los momentos más honestos del poema aparece cuando el yo poético rechaza el consuelo: *“A los depresivos, Vri, no nos corresponde decir gracias cuando alguien trata de aliviar nuestras derrotas compadeciéndonos con palmaditas en la espalda”*. No hay rebeldía, hay cansancio. La tristeza no quiere ser corregida ni suavizada.

Y, aun así, el poema no se cierra del todo. Aparece una posibilidad mínima, casi doméstica: *“Espero que en la taza de café que algún rato compartamos sea posible descubrir el secreto de las flores transparentes o el dolor enmudecido”*. No es una promesa ni una salida. Es una imagen pequeña que apenas sostiene algo.

En Vri 15, la tristeza no se dramatiza ni se resuelve.

Se nombra.

Se atraviesa.

Y en ese tránsito —entre el desorden, la lucidez y el cansancio— el poema no busca sanar.

Insiste en respirar.

Vri 16: La urgencia que no descansa



Nota de lectura

La lucidez que no calma, pero
sostiene

Poema

Cuando más te extraño, Vri, eres una multitud de banderas transparentes,

un rumor de nubes que no alcanzo a recoger mientras se mueven y se acumulan.

El pasado es nuestro presente como un muro que se alza entre los deseos y las probabilidades.

Estoy bebiendo mi tercera taza de café y apenas es mediodía.

El psiquiatra suele decirme que es demasiado café para un enfermo de ansiedad, pero necesito estar despierto para cuando me llames.

A él le gusta que le narre mis miedos infantiles y yo invento historias de terror para darle pretextos de cobrarme la consulta.

No puedo contarle lo que me pasa, Vri, porque a él le resulta complejo entender la clase de amor en la que tú y yo estamos enredados.

Largos y memoriales hilos de agua nos unen desde los tiempos absurdos cuando estuvimos tan cerca y no nos encontramos.

¿Recuerdas el año que hubiera cambiado todo lo que ahora somos?

Pero no sucedió, Vri, no sucedió. Aunque si habría ocurrido, quizás hoy no te extrañaría con la urgencia cotidiana que me sacude y me mantiene alerta de ti y de tus señales.

Tan imperfecto es el amor, extraño y vulnerable, metáfora de soledades implacables y austeras.

Tan inútil a veces, tan paciente, tan oculto y oscuro, tan maquillado con palabras y gestos y rituales que solo sirven para consolar la espera.

Aun así toco tu mismo aire y la respiración de los árboles como si estuvieras aquí, como si nada separara nuestras ilusiones.

No hay reproches, Vri, no hay culpas. Existimos en la complicidad de los silencios, en el placer de pensarnos como una casa, como una cama, como una noche nueva, como un futuro que a veces nos desabrazo y otras veces tiembla en los cuerpos multiplicados y en una vasta procesión de placeres aéreos con la fuerza de las hélices.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 16, el poema avanza con una lucidez que no busca alivio, pero tampoco logra desprenderse de la necesidad. No hay desborde ni negación: hay conciencia. Una conciencia que observa lo que ocurre sin adornarlo y, al mismo tiempo, permanece atada a una urgencia que no descansa.

Desde uno de sus versos más nítidos —“*El pasado es nuestro presente como un muro que se alza entre los deseos y las probabilidades*”— se instala una verdad

incómoda: lo que fue no quedó atrás, sigue operando como límite. No es recuerdo: es estructura. Algo que no se puede atravesar, pero tampoco ignorar.

El texto respira desde una urgencia sostenida. *“Estoy bebiendo mi tercera taza de café y apenas es mediodía. El psiquiatra suele decirme que es demasiado café para un enfermo de ansiedad, pero necesito estar despierto para cuando me llames”*. No es un detalle menor. El cuerpo se mantiene en vigilia, en alerta constante. Amar aquí no es solo comprender: es no dormirse, no perder la posibilidad de una señal.

La ansiedad aparece nombrada sin dramatismo, casi con una ironía leve que no busca humor, sino distancia. El psiquiatra, las consultas, los miedos infantiles inventados funcionan como un marco que no alcanza a contener lo que sucede. *“No puedo contarle lo que me pasa, Vri, porque a él le resulta complejo entender la clase de amor en la que tú y yo estamos enredados”*. No hay secreto: hay imposibilidad de traducción.

El tiempo no vivido regresa como una marca persistente: *“¿Recuerdas el año que hubiera cambiado todo lo que ahora somos? / Pero no sucedió, Vri, no sucedió”*. La repetición no insiste para convencer, sino para sostener una certeza ya asumida. Y es ahí donde el poema se vuelve más lúcido: comprende que esa ausencia también organiza el presente. *“Aunque si habría ocurrido, quizás hoy no te extrañaría con la urgencia cotidiana que me sacude y me mantiene alerta de ti y de tus*

señales". La carencia no se niega: se reconoce como origen.

El amor se nombra entonces sin idealización: *"Tan imperfecto es el amor, extraño y vulnerable, metáfora de soledades implacables y austeras. / Tan inútil a veces, tan paciente, tan oculto y oscuro, tan maquillado con palabras y gestos y rituales que solo sirven para consolar la espera"*. No hay engaño en esa mirada. Pero tampoco hay renuncia.

Aun así, el cuerpo insiste en acercarse: *"Aun así toco tu mismo aire y la respiración de los árboles como si estuvieras aquí, como si nada separara nuestras ilusiones"*. El gesto no corrige la distancia. La atraviesa. Convive con ella sin negarla.

El cierre del poema elige una forma de sostenerse: *"No hay reproches, Vri, no hay culpas. Existimos en la complicidad de los silencios, en el placer de pensarnos como una casa, como una cama, como una noche nueva, como un futuro que a veces nos desabrazo y otras veces tiembla en los cuerpos multiplicados y en una vasta procesión de placeres aéreos con la fuerza de las hélices"*. No es resignación. Es decisión. No convertir el amor en acusación, aunque duela, aunque no se resuelva.

En Vri 16, la lucidez no cancela la urgencia. La acompaña.

El amor no se resuelve ni se aquieta. Permanece en vigilia.

Y en esa tensión —entre saber y necesitar— encuentra su forma de seguir existiendo.

Vri 17: La pérdida de sí



Nota de lectura

Cuando el yo queda deshabitado de sí

Poema

De repente, Vri, la vida se esconde en otro lado.

Se va de mí para humanarse en un mí mismo que
no soy

y quedo colgado de algún sueño inverosímil

del que trato de no salir mientras la vida vuelve.

Es triste desalmarse, Vri, y, de pronto, entender que
este no soy yo,

que en mi alma cae, sin piedad, una lluvia desolada.

Ay, Vri, paso las noches sin entender por qué

se nublan las esperas

trato de convencerme de aguardar el regreso

de mi existencia al lugar original de mi existencia,

el retorno de los colores a mis cotidianidades,

el regreso de mí adonde mí para seguir la ruta de tus
asombros.

Anhelo que contigo vuelva a mí la vida: quiero ser
el dueño de los tiempos

cuando el amor cuando la ternura cuando el deseo

corrían torrenciales, irreverentes y mágicos por los
sentidos,

por los sentimientos, por la cordura, por la sangre,
por el placer,

como un despertar, Vri, un despertar que nunca
más nos duela.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 17, el poema no irrumpe: se apaga despacio. Su intensidad no está en el gesto, sino en la claridad con la que el yo lírico reconoce que algo esencial se ha desplazado. Desde el inicio, la vida ya no está donde debería estar: *“De repente, Vri, la vida se esconde en otro lado”*. No se pierde ni desaparece del todo; se desplaza, se instala en otro sitio. Y ese traslado deja a la voz poética suspendida, fuera de sí.

Lo que más duele aquí no es, en primer término, la ausencia de Vri, sino la extrañeza de no reconocerse. Cuando el poema dice “*se va de mí para humanarse en un mí mismo que no soy*”, la herida es identitaria. La vida continúa, pero no en quien habla. Ese desajuste produce una tristeza contenida, una lucidez que no necesita alzarse para resultar honda.

El verso “*Es triste desalmarse, Vri, y, de pronto, entender que este no soy yo*” condensa el núcleo del poema. No se trata solo de pena, sino de algo más profundo: perder el centro, quedarse sin continuidad interior. El poema nombra ese estado sin dramatizarlo. No hay reproche ni exceso; hay reconocimiento.

Las noches aparecen como un tiempo suspendido, confuso, sin dirección clara: “*Ay, Vri, paso las noches sin entender por qué / se nublan las esperas*”. La espera deja de ser promesa y se vuelve bruma. No se rompe, pero tampoco guía.

Y, aun así, el yo lírico insiste en aguardar no solo a Vri, sino a sí mismo: “*trato de convencerme de aguardar el regreso / de mi existencia al lugar original de mi existencia*”. La reiteración no es descuido; señala que el origen se ha extraviado y solo puede nombrarse con insistencia.

Hay un deseo profundo de retorno, no al amor tal como fue, sino al yo que era capaz de sostenerlo: “*el regreso de mí adonde mí para seguir la ruta de tus asombros*”. El amor aparece aquí como una forma de orientación.

Sin Vri, la voz poética no solo pierde compañía: pierde dirección.

El poema se ilumina suavemente cuando recuerda el tiempo en que todo fluía: *“cuando el amor cuando la ternura cuando el deseo / corrían torrenciales, irreverentes y mágicos por los sentidos, / por los sentimientos, por la cordura, por la sangre, por el placer”*. La acumulación no es exceso; es memoria que aún late, aunque ya no pertenezca del todo al presente.

El cierre no ofrece una resolución, pero sí un anhelo preciso: *“como un despertar, Vri, un despertar que nunca más nos duela”*. No se pide recuperar lo que fue, ni asegurar lo que vendrá. Se pide apenas una forma de volver que no lastime.

Vri 17 no se rebela ni se resigna por completo. Reconoce la pérdida, pero no deja de anhelar.

Y en esa tensión —entre la conciencia de lo que ya no está y el deseo de volver a habitar— el poema encuentra su forma más honesta de permanecer.

Vri 18: La madrugada que asume lo imposible



Nota de lectura

Amar sin promesa es aprender a quedarse, incluso cuando no hay regreso.

Poema

Mi amor por Vri se derrama
sobre el álbum de recuerdos
que no miramos juntos.

Pareciera que la despedida
es como un cuervo infame:
la busco en rótulos, en vallas,
en los globos que se elevan.

Llevo el sombrero absurdo
y una telaraña en mis bolsillos.
No sé si deba tomar un tren
o dejar el reloj en un cajón
e ir hacia ti en un bus interminable.

Leche extraviada la sabiduría:
es pagano caminar por la calle
o registrarnos en algún hotel.

Las hormigas en mi espalda
se deslizan como un susurro,
así como las nubes más altas
son pinceladas de distancia.

Tomo la decisión de esperar a Vri
con la paciencia de un búho,
con la impaciencia de un lobo.

Tan filosófica esta madrugada
como los días huecos:

las fotos vacías de los dos
porque siempre falto yo
o porque siempre faltas tú.

Mi amor por Vri se reafirma
sobre el libro de los secretos
que nunca hemos profanado.

Yo sé que en el sur estás ajena.
Yo sé que los amores son abismos.
Y hoy debo asumirlo entre lo intangible.
Y me toca ser feliz con el ruido del frío.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 18, el amor deja de buscar una salida y aprende a sostenerse en lo que no puede cambiar. El yo poético no intenta revertir la distancia ni corregir el destino, pero tampoco abandona del todo la espera: la transforma. Esa aceptación no es resignación, sino una forma más honda y silenciosa de permanecer.

El poema se abre con una imagen decisiva: *“Mi amor por Vri se derrama / sobre el álbum de recuerdos / que no miramos juntos”*. Aquí el amor no se apoya en lo

vivido, sino en lo no compartido. El álbum no guarda escenas reales, sino la huella de una posibilidad. El afecto no necesita pasado común para sostenerse; le basta la persistencia del vínculo imaginado.

La despedida aparece como una figura oscura: *“Pareciera que la despedida / es como un cuervo infame”*. No anuncia ruptura, sino una conciencia que sobrevuela el poema. El amor continúa, pero ya no se engaña.

El movimiento aparece como intento, no como solución: *“No sé si deba tomar un tren / o dejar el reloj en un cajón / e ir hacia ti en un bus interminable”*. No hay trayecto que garantice el encuentro. Desplazarse no resuelve; solo evidencia la distancia.

La sabiduría llega tarde o en otra forma: *“Leche extraviada la sabiduría”*. No corrige lo vivido ni abre caminos. Solo permite comprender lo que ya no puede modificarse.

El estado interior del yo lírico se condensa con precisión: *“Llevo el sombrero absurdo / y una telaraña en mis bolsillos”*. El gesto de estar aún permanece, pero el tiempo se ha detenido. Hay una dignidad en esa imagen: seguir siendo, aun cuando el sentido se ha vuelto frágil.

La decisión de esperar no desaparece: se redefine. *“Tomo la decisión de esperar a Vri / con la paciencia de un búho, / con la impaciencia de un lobo”*. No hay equilibrio entre ambas fuerzas, pero tampoco ruptura. La lucidez y el deseo conviven sin anularse.

Las imágenes del tiempo compartido revelan una verdad sutil: *“las fotos vacías de los dos / porque siempre faltó yo / o porque siempre faltas tú”*. No se trata de pérdida, sino de no coincidencia. El amor no se rompe: no logra encarnarse del todo.

Hacia el final, el poema alcanza una claridad sobria: *“Yo sé que en el sur estás ajena. / Yo sé que los amores son abismos. / Y hoy debo asumirlo entre lo intangible”*. No hay intento de cerrar ese abismo. Se reconoce como parte de la experiencia amorosa.

La última línea no cancela el dolor, pero lo vuelve habitable: *“Y me toca ser feliz con el ruido del frío”*. El frío no desaparece. Se convierte en la forma real de lo que queda.

En Vri 18, amar no significa poseer ni alcanzar. Tampoco dejar de esperar.

Significa sostener la conciencia de lo imposible sin renunciar del todo al vínculo.

Y en esa tensión —entre aceptar y seguir— el amor encuentra una forma de permanecer sin engaño.

Vri 19: El regreso a sí mismo



Nota de lectura

Después de lo imposible, el regreso más lento es volver a uno mismo.

Poema

Hace apenas tantos siglos, Vri,
regresé del lugar donde hallé cerrados el portón de
tus presencias.
Aún ignoro, Vri, por qué los candados,
por qué los misterios de la penitencia.
No sé todavía cuánto demoren los pedazos de mi
alma en volver a mí,
las esquivas del amor en retornar al cuerpo,
mi incertidumbre devastada y persistente.
¿Tú conoces, Vri, cuánto pueden tardar
todos los largos o breves regresos a nosotros
mismos?
¿Cuánto pueden demorar los sentidos
en reagruparse hasta tocarnos la sed?
Ay, mi toda Vri, yo tan extraviado y disperso,
tan reloj de arena y tan desparramado,
tan nada y tan ninguno desde que no yazgo en ti.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 19, el amor ya no se discute ni se defiende. Tampoco se intenta revertir lo que se ha cerrado. Lo que aparece ahora es algo más íntimo: el regreso a un yo que quedó disperso después de haber tocado un límite.

El primer verso instala esa percepción alterada del tiempo: *“Hace apenas tantos siglos, Vri, / regresé del lugar donde hallé cerrados el portón de tus presencias”*. No es exageración. Es la medida emocional de quien ha

atravesado una imposibilidad asumida. El tiempo no avanza; se dilata. Lo reciente se vuelve remoto y, aun así, permanece.

El portón cerrado no representa solo la inaccesibilidad a Vri. Nombra también un umbral que ya no se puede cruzar. No hay intento de forzarlo. Hay reconocimiento. Algo se ha detenido sin necesidad de explicarse.

La herida cambia de lugar. Antes la tensión estaba en el vínculo; ahora está en el interior del yo lírico: *“No sé todavía cuánto demoren / los pedazos de mi alma en volver a mí, / las esquirlas del amor en retornar al cuerpo, / mi incertidumbre devastada y persistente”*. La fractura no es abrupta. Es lenta. El amor no desaparece, pero deja fragmentos que deben reacomodarse.

Las preguntas del poema ya no buscan respuesta en Vri como amada, sino como presencia que atestigua: *“¿Tú conoces, Vri, cuánto pueden tardar / todos los largos o breves regresos a nosotros mismos? / ¿Cuánto pueden demorar los sentidos / en reagruparse hasta tocarnos la sed?”*. El centro ya no es la unión, sino la recomposición.

Aquí no hay reproche ni acusación. Hay conciencia. Amar lo imposible no se paga con olvido inmediato, sino con dispersión. Volver a uno mismo es más lento que aceptar el límite.

El cierre condensa esa sensación de extravío: *“Ay, mi toda Vri, yo tan extraviado y disperso, / tan reloj de arena y tan desparramado, / tan nada y tan ninguno desde que*

no yazgo en ti". No es dependencia. Es desorientación. La identidad se resiente cuando el lugar donde se posaba deja de sostenerse.

Vri 19 no reinicia el ciclo ni lo clausura. Se queda en ese tránsito silencioso donde el amor ya no exige, pero tampoco desaparece.

Después de asumir el límite, lo más difícil no es soltar al otro.

Es recogerse.

Vri 20: El lugar donde el amor ya no obedece



Nota de lectura

El amor no se pierde: sucede.
Y solo en el instante se revela.

Poema

Nuestras cuentas regresivas, Vri,
solo fueron diminutas mentiras,
palabras imprecisas, ternuras mitológicas.
El tiempo anhelado fue una autoderrota
por nuestra escasa fe de eternidad,
por la velocidad soberbia de la pausa,
por los relojes tan enloquecidos.
Y fue por todo eso, Vri, que nada
de lo que amamos perdurará,
nada de lo que nos encendió,
nada de lo que creímos nuestro.
El querer y el desear, por ejemplo,
con sus misterios gozosos y dolorosos,
el encuentro, el miedo, la pausa, la prisa,
toda su fragilidad y sus burbujas
se diluyeron en su propio terreno
sin lugar a memorias del futuro
sin lugar a que perdure el beso
ni en las amnesias vertiginosas.
Solo en esos momentos, Vri,
eran los momentos de amar,
Solo entonces, en los leves latidos
que tan inasibles transcurrieron,
solo en ese instante era posible existir,
Vri, y no lo hicimos ni fuimos capaces
de desafiar a las burbujas culpables
dentro de una chispa, de un rayo,
de un sismo, de una bofetada.
Los cronómetros no alcanzaron
a medir la fugacidad de un grito,
de nuestros llamados de auxilio,

de no poder siquiera
mencionar nuestros nombres
en voz alta como una sinfonía.
Así tu nombre que era el mismo
a veces era otro en mis fabulaciones,
el mismo del ayer susurrado, Vri,
desde el más cobarde temor
al repique total de las campanas.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 20, el amor deja de discutirse y deja de reclamarse. El poema no intenta salvarlo ni explicarlo desde la pérdida. Llega a una comprensión más exigente: el amor no se deja someter. No obedece. Y, al mismo tiempo, no siempre supimos habitarlo.

Desde el inicio se desmontan las ilusiones que quisieron fijarlo: *“Nuestras cuentas regresivas, Vri, / solo fueron diminutas mentiras, / palabras imprecisas, ternuras mitológicas”*. No son engaños deliberados. Son intentos

de ordenar lo que no podía ajustarse al tiempo ni a las promesas.

Cuando el poema afirma “*nada / de lo que amamos perdurará, / nada de lo que nos encendió, / nada de lo que creímos nuestro*”, no hay negación del amor, sino una lucidez que reconoce su condición. Lo vivido fue real, pero no estaba hecho para durar. Exigirle permanencia fue también una forma de no comprenderlo.

El núcleo del poema aparece con claridad: “*Solo en esos momentos, Vri, / eran los momentos de amar, / Solo entonces, en los leves latidos / que tan inasibles transcurrieron, / solo en ese instante era posible existir*”. El amor no estuvo ausente. Existió en su tiempo preciso. Lo que no fue posible fue sostenerlo más allá de ese instante.

La autocritica se instala sin estridencia: “*y no lo hicimos ni fuimos capaces / de desafiar a las burbujas culpables / dentro de una chispa, de un rayo, / de un sismo, de una bofetada*”. No se trata de falta de sentimiento, sino de una incapacidad para atravesar el miedo, para sostener el riesgo que el amor exigía. El límite no estuvo solo en la naturaleza del amor, sino también en quienes lo vivieron.

Uno de los gestos más hondos del poema es la imposibilidad de nombrarse plenamente: “*de no poder siquiera / mencionar nuestros nombres / en voz alta como una sinfonía*”. Nombrar habría implicado asumir el vínculo sin reservas. Y ese acto, en su totalidad, no ocurrió.

Hacia el final, el nombre de Vri se vuelve inestable: *“Así tu nombre que era el mismo / a veces era otro en mis fabulaciones”*. El lenguaje no logró sostener la verdad del vínculo. No por ausencia de amor, sino por su fragilidad frente al temor.

Vri 20 no clausura el ciclo.

Lo esclarece.

El amor no se mide por su duración.

Se mide por su presencia.

Y cuando deja de obedecer al miedo — aunque sea por un instante—es verdadero.

Vri 21: El amor



Nota de lectura

La felicidad no se posee:
sucede apenas. Y eso basta.

Poema

Te quedas para siempre en mi aire, Vri, en el aire transparente que se vuelve ajeno.

Nada es nuestro, nada más que nosotros mismos buscándonos entre la urgencia y el miedo.

Y aquí estamos, tú y yo entre dos cuerpos que se deshojan húmedos y mínimos, desesperados.

Dos cuerpos, Vri, como dos desconocidos que se encuentran después de años de tantear la luz.

Tenerte es no tenerte porque el instante cuando llegas empiezas a irte como un reloj al revés.

Es cierto que te amo con la prisa de un niño que reclama la esperada leche de tus senos.

Con la sed de un vagabundo que en las noches sueña que se acurruca entre tus piernas y sacia en ellas sus hambres y sus fríos.

Pero es un sueño, Vri, porque el tiempo es sordo a las súplicas de lentitud y permanencia.

Y así te vas apenas vienes, con el apuro de un tren que no debe quedarse en el oscuro andén de las prohibiciones y la amenaza.

Todo es tan vertiginoso que cuando empezamos a retozar y pronunciar frases se extingue el fuego y en dos o tres gestos volvemos a ser lo que no somos.

Y te vas estando en mí casi sin haber estado, como una pluma que levanta el viento, como una alucinación que se acaricia en la quietud intangible de tu viaje.

El transcurrir del tiempo es avaro y mezquino, Vri, como si algún castigo nos amamantara.

Será que la felicidad es eso: esperarte tanto para tenerte poco y volver a esperarte tanto y volver a tenerte poco.

Será que la felicidad es solo eso, Vri. Tan solo eso.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 21, el amor ya no se discute ni se reclama. Tampoco se intenta prolongar más allá de lo que permite. Se reconoce en su forma más breve, pero no por ello menos intensa. El poema no busca salvarlo: lo asume mientras ocurre, aun cuando arda en esa misma brevedad.

Desde el inicio se instala esa permanencia frágil: *“Te quedas para siempre en mi aire, Vri, en el aire transparente que se vuelve ajeno”*. El “para siempre” ya no

nombra duración, sino huella. Vri no permanece en el tiempo; permanece en aquello que se respira, en lo que sostiene sin poder retenerse.

El poema declara una verdad que atraviesa toda esta etapa del ciclo: *“Nada es nuestro, nada más que nosotros mismos buscándonos entre la urgencia y el miedo”*. El amor no se convierte en posesión ni en historia consolidada. Es búsqueda mutua, atravesada por la necesidad y el temor.

El encuentro aparece despojado de certezas: *“Dos cuerpos, Vri, como dos desconocidos que se encuentran después de años de tantear la luz”*. Cada vez es comienzo. Cada vez es riesgo. No hay acumulación de lo vivido: hay repetición de lo incierto.

La frase central — *“Tenerte es no tenerte porque el instante cuando llegas empiezas a irte como un reloj al revés”* — condensa el aprendizaje. Vri solo puede ser amada en el mismo momento en que comienza a irse. El tiempo no acompaña: se repliega sobre sí mismo.

El amor se nombra desde la necesidad más expuesta: *“te amo con la prisa de un niño que reclama la esperada leche de tus senos”*, *“con la sed de un vagabundo que en las noches sueña que se acurruca entre tus piernas y sacia en ellas sus hambres y sus fríos”*. No hay épica. Hay intemperie. Amar es necesitar, incluso sabiendo que no habrá permanencia.

La imposibilidad de sostener el instante se vuelve evidente: *“cuando empezamos a retozar y pronunciar frases se extingue el fuego y en dos o tres gestos volvemos a ser lo*

que no somos". El amor ocurre antes de la palabra. Al decirlo, ya comienza a desvanecerse.

Y aun así, deja una marca leve y persistente: *"como una pluma que levanta el viento, como una alucinación que se acaricia en la quietud intangible de tu viaje"*. No se queda, pero transforma el aire.

El cierre no es resignación. Es comprensión atravesada por la experiencia: *"Será que la felicidad es eso: esperarte tanto para tenerte poco y volver a esperarte tanto y volver a tenerte poco. / Será que la felicidad es solo eso, Vri. Tan solo eso."* No hay promesa de duración. Hay reconocimiento del ciclo.

Vri 21 no lamenta la brevedad del amor. La atraviesa.

Sabe que el instante no se puede retener, pero tampoco deja de arder en él.

Y en ese breve suceder —entre la urgencia y la pérdida— el amor, aun fugaz, es completo.

Vri 22: Todo será silencio desde ahora



Nota de lectura

Callar no es renunciar: es
cuidar lo que no puede
quedarse.

Poema

Todo será silencio desde ahora, Vri.

Intentaré hacer lo que me pides porque los soles interiores solo alumbran cuando dos soplos lo mantienen vivo.

Extrañaré las eternidades donde extraviábamos el tiempo cuando éramos toda verdad posible.

Sentiré nostalgia, Vri, tanta nostalgia de los largos días que nos esperábamos en las puertas de las intensidades.

No sé si pude ser contigo lo que quise ser: una propuesta de otra manera de mirarnos las almas.

Quizás no. No lo logré. Siempre supe, Vri, que eras tú lo que nunca podría dejar, pero los miedos me cerraban el cielo cuando nos contábamos cosas que derrumbaban las perspectivas.

Alguien decía que el enamoramiento solo dura meses, que la pasión y el deseo se apaciguan, que lo que viene después es un hábito, una costumbre, un acomodarse a las circunstancias.

Pero a mí no me ocurrió eso, Vri, y a ti tampoco. ¿Qué magia nos abrazaba para que los fuegos de nuestras voluntades ardieran como una llama que sostenía los calores y colores que compartimos en

los tantos años que cobijaron los ávidos encuentros desesperados?

Todo será silencio desde ahora, Vri. Será el castigo al puente colgante de mis pasos, será la espera que decidiste no esperar, la bandera que no pudimos izar.

No quiero irme, Vri, no puedo. Pero ahogaré mis palabras y sentidos para no estorbar tu camino.

Todo será silencio desde ahora, Vri, así lo has querido y yo obedeceré tu paz, pero en mí no habrá ni pizca de desamor ni recuerdos oscuros.

Tú estarás desde algún lado y yo seguiré desde algún otro, no sé dónde ni por qué, pero callaré por ti aunque mi siempre por siempre seas tú.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 22, el amor no se extingue: se retira. El poema no marca el fin del vínculo, sino el inicio del silencio como la única forma posible de sostenerlo sin herirlo.

Desde la primera línea —“*Todo será silencio desde ahora, Vri*”— se instala una decisión. No es un arrebato ni una reacción impulsiva. Es un gesto consciente, aunque atravesado por la dificultad de aceptarlo. El silencio no nace del desamor, sino del límite.

La frase *“Intentaré hacer lo que me pides porque los soles interiores solo alumbran cuando dos soplos lo mantienen vivo”* introduce un cambio decisivo en el ciclo: amar deja de ser insistencia y se convierte en respeto. Sin embargo, esa decisión no es limpia ni tranquila. El poema lo reconoce: *“No quiero irme, Vri, no puedo”*. Hay una tensión entre lo que se entiende y lo que aún no se logra soltar.

El recuerdo aparece con una densidad que no idealiza, pero tampoco reduce: *“Extrañaré las eternidades donde extraviábamos el tiempo cuando éramos toda verdad posible”*. No se trata de cuánto duró, sino de cómo se vivió. El pasado no se corrige: se reconoce en su intensidad.

Uno de los momentos más honestos del poema está en la autoconciencia: *“No sé si pude ser contigo lo que quise ser: una propuesta de otra manera de mirarnos las almas”*. La mirada ya no se dirige hacia Vri para reclamar, sino hacia sí mismo para reconocer los propios límites. Los miedos no se justifican; se asumen: *“pero los miedos me cerraban el cielo cuando nos contábamos cosas que derrumbaban las perspectivas”*.

Cuando el poema cuestiona la idea de que el amor se apaga con el tiempo, lo hace desde la experiencia vivida: *“Pero a mí no me ocurrió eso, Vri, y a ti tampoco”*. El amor no desapareció. Por eso el silencio no es alivio, sino una forma de cuidado.

La repetición de *“Todo será silencio desde ahora, Vri”* deja de ser una afirmación inicial y se convierte

en una ética. Callar no es rendirse: es no invadir. Es permitir que el otro continúe sin cargar con la propia necesidad.

El verso *“No quiero irme, Vri, no puedo. Pero abogaré mis palabras y sentidos para no estorbar tu camino”* condensa esta forma de amar: retirarse sin dejar de sentir. No hay resentimiento. El poema lo afirma con claridad: *“en mí no habrá ni pizca de desamor ni recuerdos oscuros”*.

El cierre —*“callaré por ti aunque mi siempre por siempre seas tú”*— no es contradicción. Es coherencia. Amar no significa permanecer en escena. A veces significa sostener desde la distancia, aun cuando eso duela.

Vri 22 no rompe el ciclo.

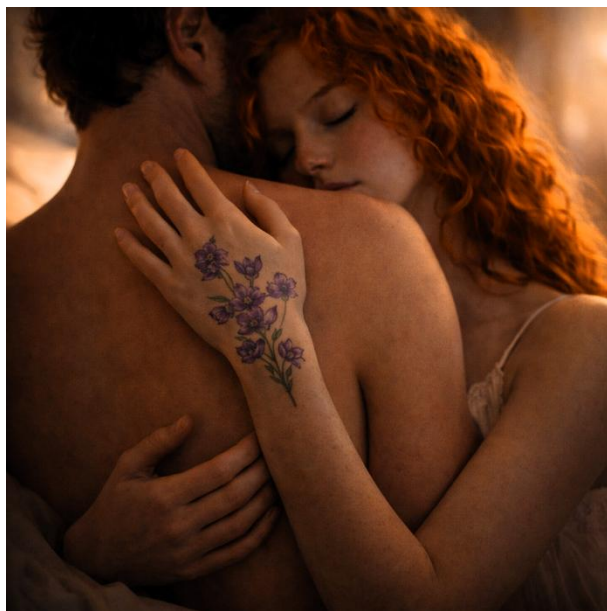
Lo depura.

El amor no desaparece.

Se contiene.

Y en ese silencio elegido —aunque no del todo fácil— permanece sin herir.

Vri 23: El amor que me habita



Nota de lectura

Cuando el amor deja de buscar
y aprende a sostener.

Poema

Tú siembras flores violetas, Vri, en las palmas de mis manos.

Tú me muestras purgatorios de otro olor y textura.

Tú llenas de pasión mis debates por la vida.

Tú haces de mí un abrazo alucinado y repentino.

Tú me das de beber el vino imposible de tus dedos desnudos en mi espalda.

Tú pones alas en mis palabras atormentadas, Vri.

Tú llenas de miel las copas de mis suposiciones.

Tú desafías desde la certeza la ley de la gravedad.

Tú me enseñas estrategias para sobrevivir.

Permaneces en mí aunque yo no te lo pida.

Me haces el amor como si nunca me lo hicieras.

Pronuncias mi nombre, Vri, cuando requiero escuchar música desde los tambores del regreso.

Tú me proteges con tus brazos invisibles del momento más insólito.

Yo soy un sol alimentado con tu fuego distante.

Soy el hombre que soy, Vri, desde que naces en mí en cada estremecimiento.

Me alimentas de ti para darme serenidad cada vez que me temo.

Hay una iluminación desde el saberte aquí.

Mi yo apacible dice que contigo estoy en mí.

Desde el yo más cuerdo, Vri, puedo decirte gracias por tu alimento.

Desde mi yo más sencillo doy fe de que solo me amo en ti.

Qué amor tan hechicero, qué amor tan de reesperanzas.

Cómo será esa madrugada, Vri, cuando por fin alguna lluvia decida para siempre abrigar las necesidades.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 23 no nace del conflicto ni de la pérdida. Se sostiene desde una calma que no necesita probarse. Aquí el amor ya no busca ni reclama: habita.

Desde el primer verso —“*Tú siembras flores violetas, Vri, en las palmas de mis manos*”— el gesto es claro. Las manos no se extienden para pedir. Reciben. El vínculo deja de ser intemperie y se vuelve cultivo.

La repetición del “tú” no insiste con ansiedad; afirma con serenidad. Cada verso suma una dimensión

distinta de una misma certeza: Vri transforma al yo lírico sin violencia. “*Tú pones alas en mis palabras atormentadas, Vri*”, “*Tú llenas de miel las copas de mis suposiciones*”. Donde antes hubo inquietud, ahora hay sostén.

La sensualidad tampoco es desgarrada ni urgente. Es alimento: “*Tú me das de beber el vino imposible de tus dedos desnudos en mi espalda*”. El cuerpo ya no es escenario de pérdida, sino de entrega que nutre. El deseo no exige permanencia: se reconoce en su presencia.

Uno de los versos centrales marca el giro: “*Permaneces en mí aunque yo no te lo pida*”. El amor ya no depende del reclamo ni de la voluntad. Está incorporado. No se impone ni se negocia: forma parte.

Cuando el yo poético dice “*Yo soy un sol alimentado con tu fuego distante*”, no hay contradicción. La distancia deja de ser herida. El fuego sigue nutriendo. Vri ya no es solo vínculo: es origen. Por eso puede afirmarse: “Soy el hombre que soy, Vri, desde que naces en mí en cada estremecimiento”.

La identidad se reconoce en esa relación: “*Mi yo apacible dice que contigo estoy en mí*”. Amar no es perderse, pero tampoco es del todo autónomo. Es encontrarse desde el otro, sostenerse en una presencia que ya habita dentro. Incluso cuando el poema dice “*solo me amo en tí*”, no hay sometimiento, sino una forma de integración donde el yo lírico se reconoce a través de esa experiencia.

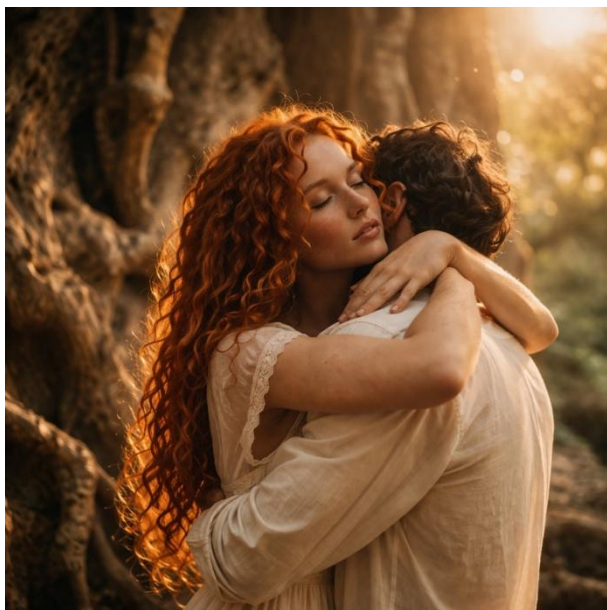
El agradecimiento final es sencillo y hondo:
“*Desde el yo más cuerdo, Vri, puedo decirte gracias por tu alimento*”. No hay exaltación. Hay reconocimiento.

Vri 23 no invoca ni espera.
Vive desde lo incorporado.

El amor ya no se sostiene en la promesa ni en el instante. Se sostiene en el interior.

Y desde ahí —con una serenidad que no niega la entrega—permanece.

Vri 24: El amor que atraviesa los tiempos



Nota de lectura

El amor cuando deja de pertenecer al instante y empieza a volverse tiempo.

Poema

Ay, Vri, este amor.
Este amor que atraviesa los tiempos,
amor de árbol milenario,
amor de histórica emoción,
amor de ramales que jamás se quiebran.
Son los sentidos que descienden
de la montaña de los años,
un alud milagroso y limpio.
Es el amor que se precipita
desde los pájaros incontenibles,
bandada pletórica e indisciplinada.
Es la tristeza al revés,
vista desde su perfil desfavorable,
desde el vuelo impertinente
de los deseos compartidos.
A veces, Vri, somos
el abrazo donde nace
el esplendor más rutilante,
la virtud y el poder de un don,
una esperanza, una alegría.
Vri, fortaleza del recuerdo,
el orgasmo épico y elevado,
el dolor que no duele cuando
tu mano acaricia la mía.
Cómo será, Vri, volver a eso.
Al momento preciso del abrazo,
al instante vivo del estremecimiento,
al prodigio del reloj detenido
en el minuto más lúcido y flotante.
Es la edad que nos atraviesa, Vri,
la cornisa de todos los amores,

el orden en que emergen
los secretos y las confesiones,
la explosión de Dios en el punto
más sensible de las anatomías.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 24 no habla del amor que irrumpe ni del que se retira. Habla del que permanece atravesando los años sin perder la intensidad de lo que fue instante. Aquí el amor ya no es urgencia ni aprendizaje inmediato: es conciencia ampliada.

Desde el inicio —“*Ay, Vri, este amor. / Este amor que atraviesa los tiempos,*”— la voz no inaugura algo nuevo. Reconoce algo que ha persistido. El amor no comienza: continúa. Por eso puede nombrarse como

“amor de árbol milenario, / amor de histórica emoción, / amor de ramales que jamás se quiebran”. No es inmovilidad; es arraigo. Es lo que crece lento y resiste sin dejar de vibrar.

Cuando el poema introduce *“los sentidos que descienden / de la montaña de los años, / un alud milagroso y limpio”*, el tiempo deja de ser peso. Se vuelve sedimentación. El amor no se acumula: se decanta. Y en ese descenso aparece una claridad que no necesita imponerse.

Incluso la tristeza se transforma: *“Es la tristeza al revés, / vista desde su perfil desfavorable”*. No se niega el dolor, pero se lo mira desde otro ángulo. El amor ya no reacciona: comprende.

El abrazo vuelve como centro, pero ya no como urgencia: *“A veces, Vri, somos / el abrazo donde nace / el esplendor más rutilante, / la virtud y el poder de un don, / una esperanza, una alegría”*. El cuerpo participa sin desborde. El encuentro no compensa: revela.

Y, sin embargo, el poema no abandona el instante. Lo reconoce como núcleo de esa permanencia: *“Cómo será, Vri, volver a eso. / Al momento preciso del abrazo, / al instante vivo del estremecimiento, / al prodigio del reloj detenido / en el minuto más lúcido y flotante”*. Lo que permanece no niega ese instante: lo contiene.

Uno de los versos más decisivos lo enuncia con claridad: *“Es la edad que nos atraviesa, Vri,”*. El amor deja de pertenecer a un momento específico y se

vuelve dimensión. No es solo pasado ni solo presente: es algo que cruza y organiza.

El cierre — *“la explosión de Dios en el punto / más sensible de las anatomías”* — no busca elevar el poema hacia lo abstracto. Intenta nombrar ese punto exacto donde cuerpo, memoria e intensidad coinciden. Donde el amor deja de ser experiencia fragmentaria y se vuelve revelación.

Vri 24 no intensifica el ciclo.

Lo ensancha.

El amor no deja de ser instante.

Pero tampoco se agota en él.

Permanece porque atravesó.

Y en ese atravesar, lo vivido no se pierde: se vuelve memoria viva.

Vri 25: El eco que no cede



Nota de lectura

Cuando la razón intenta cerrar
lo que el cuerpo todavía
 nombra.

Poema

Te extraño, Vri, en cada partícula de oxígeno que
no alcanza para respirar los dos,
en cada espacio donde no cabemos juntos,
en cada tristeza mía que ocupa tu lugar,
en el aire que baja o sube entre la melancolía,
en el extrañar las pasiones esperadas,
en toda nostalgia que muerde mi recuerdo,
en la compasión, en la pena, en el luto,
en el deseo incapaz de tomar tu sitio,
en la angustia de no hallarte, Vri, en mis
movimientos tenues,
en la convicción de que la nada me va dejando sin
tiempo,
en la decepción de Dios cuando nos mira,
porque estás en el aire, Vri, pero no conmigo,
porque estás en el agua invisible,
y entonces podría ser útil un viento que me lleve
al azar, denso y profundo,
y aunque hoy no pueda ser, Vri,
al menos se me conceda un olor de ti.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 25 no es un poema de despedida. Es un intento de despedida. Y en ese intento se revela su verdad.

Desde el primer verso —*“Te extraño, Vri, en cada partícula de oxígeno que no alcanza para respirar los dos”*— el extrañar no es abstracto: es físico. El amor ocupa el aire, invade el espacio, interrumpe la respiración. No se discute su existencia; se tensiona su posibilidad.

La frase “*en cada espacio donde no cabemos juntos*” instala el centro del poema. No falta amor: falta mundo suficiente para sostenerlo. La imposibilidad no nace del desgaste del vínculo, sino de una realidad que no logra contenerlo.

La enumeración que sigue —“*en cada tristeza mía que ocupa tu lugar, / en el aire que baja o sube entre la melancolía, / en el extrañar las pasiones esperadas, / en toda nostalgia que muerde mi recuerdo, / en la compasión, en la pena, en el luto*”— no es catarsis. Es registro. El yo lírico enumera, como si al nombrar pudiera ordenar lo que lo desborda. Pero cada palabra vuelve a decir Vri. El duelo no clausura: confirma.

Cuando aparece “*en el deseo incapaz de tomar tu sitio*”, la conciencia intenta reducir lo que el cuerpo todavía sostiene. El deseo no desaparece; se reconoce limitado. No puede reemplazar, no puede resolver, pero tampoco se extingue.

El verso “*en la convicción de que la nada me va dejando sin tiempo*” no funciona solo como defensa. Hay en él una sensación real de vaciamiento. El tiempo no alcanza para recomponerse, pero tampoco se detiene. Esa tensión desgasta.

Incluso la mención de “*en la decepción de Dios cuando nos mira*” no busca elevar el poema. Busca confirmación. Como si el yo poético necesitara que algo externo valide la imposibilidad. Pero esa validación no llega a cerrar nada.

Porque Vri no desaparece. Se transforma en presencia dispersa: *“porque estás en el aire, Vri, pero no conmigo, / porque estás en el agua invisible”*. Esa condición no la diluye; la intensifica. Está en todas partes, excepto donde podría ser sostenida.

El cierre lo confirma: *“y aunque hoy no pueda ser, Vri, / al menos se me conceda un olor de ti”*. No hay gesto grandilocuente. Hay una petición mínima. Pero en esa mínima petición se revela que nada ha sido soltado del todo.

Vri 25 no clausura.

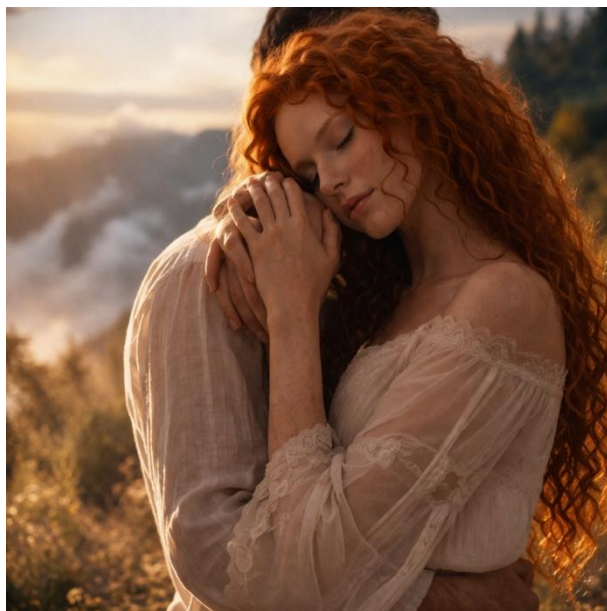
Tiembla.

La razón enumera.

El cuerpo resiste.

Y en ese desajuste —entre lo que se comprende y lo que aún persiste— el poema se mantiene fiel a una verdad incómoda: comprender no siempre basta para dejar de amar.

Vri 26: ¿Quién eres, Vri?



Nota de lectura

Cuando el amor deja de preguntarse qué fue y pregunta quién es.

Poema

La humedad del amor atraviesa tus colores.
¿Quién eres, Vri,
tan iluminada cuando hablan tus gestos frutales,
tan vital en mis muertes cotidianas,
tan río y tan mar en mis desiertos cotidianos?
¿Quién eres, Vri,
tan dueña de tus pasos decisorios,
tan crucial en mis resurrecciones,
tan agua y tan milagrosa en mis tristezas?
¿Quién eres, Vri,
tan guerrera y contundente desde el alma,
tan sabedora de las corazonadas de mi piel,
tan ternura en tus palabras incendiadas,
tan saudade en tus ausencias y distancias?
Los colores del amor atraviesan trascendencias.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 26 no nace de la urgencia ni de la pérdida. Se instala en la contemplación. El poema ya no intenta sostener el vínculo ni justificarlo. Se detiene a mirarlo.

Desde la imagen inicial —“*La humedad del amor atraviesa tus colores*”— el tono es claro. El amor no irrumpe; impregna. No se impone; circula. La humedad sugiere una persistencia silenciosa, una forma de presencia que no necesita intensidad visible para permanecer.

La pregunta que organiza el poema —“¿*Quién eres, Vri,*”— no es duda. Es asombro. No se formula porque se ignore, sino porque la respuesta no puede fijarse. Cada repetición —“¿*Quién eres, Vri, / tan iluminada cuando hablan tus gestos frutales, / tan vital en mis muertes cotidianas, / tan río y tan mar en mis desiertos cotidianos?*”— amplía la figura de Vri sin encerrarla.

El amor ya no aparece como compensación. Se vuelve coexistencia. “*tan vital en mis muertes cotidianas*” no elimina la caída; la atraviesa. Y en “*tan río y tan mar en mis desiertos cotidianos*” Vri no sustituye la carencia: la recorre. Está incluso donde falta todo.

Cuando el poema dice “*tan dueña de tus pasos decisivos*”, marca un giro importante en el ciclo. Vri no es proyección ni refugio. Es sujeto pleno. Su autonomía no debilita el amor; lo vuelve más verdadero. Amar aquí no es apropiarse, es reconocer.

La coexistencia de contrarios —“*tan guerrera y contundente desde el alma, / tan sabedora de las corazonadas de mi piel, / tan ternura en tus palabras incendiadas, / tan saudade en tus ausencias y distancias*”— no se resuelve. Se sostiene. El poema no busca claridad reductora. Acepta la complejidad como forma de verdad.

La *saudade* introduce un matiz distinto. No es herida abierta ni queja. Es resonancia. Vri habita incluso en la distancia, no como pérdida activa, sino como presencia que sigue vibrando.

El cierre —“*Los colores del amor atraviesan trascendencias*”— no eleva el poema hacia lo abstracto.

Lo desplaza. El amor ya no ocurre solo entre dos. Se vuelve flujo, algo que atraviesa, que pasa por Vri y, al hacerlo, transforma la mirada.

Vri 26 no explica el amor.
Lo contempla.

Y en esa contemplación, sin urgencia ni necesidad de definir, el ciclo alcanza una claridad distinta: amar es reconocer que el otro no se agota en lo que vemos y, aun así, permanecer mirando.

Vri 27: La puerta



Nota de lectura

El amor como umbral: no lo que se cruza, sino lo que nos mide antes de hacerlo.

Poema

Debo traspasarla, quebrarla o derribarla como si fuera el emblema del fin de mi cotidianidad?

¿Quién eres, Vri de mí?

¿Una puerta flotante para volver a ti o escapar de ti desde cualquier punto de la Tierra?

¿Una puerta leve, una puerta donde anidan los pájaros, donde cruzan las balas perdidas, donde camina a ciegas el amor inmaduro?

Una puerta, Vri, solo una puerta.

A un lado y otro están las migajas de éxtasis que nunca recogí, los restos de los afectos extraviados, las esquirlas del combate en el que te perdí.

La puerta se desliza silenciosa por el aire, por el tiempo, por las geometrías umbilicales, por la esencia de vida que amamantas, Vri.

Es una tentación, un llamado, una advertencia, una seducción.

La puerta está allí. ¿Puedo ir a verte? ¿Me estás esperando, Vri?

Todo dependerá de los caprichos de Dios y de ti.

Pero, sobre todo, de mi capacidad de persuadirlos.

De mi destreza y mi discurso.

De la fortaleza de mi deseo con el presente, Vri, de mi temor de que el futuro solo sea una puerta que no hace ruido.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

En Vri 27 el amor no ocurre ni se pierde. Se suspende. El poema se instala en el instante previo al cruce, en el espacio donde la decisión aún no ha sido tomada. Todo sucede frente a la puerta.

La pregunta inicial —“¿Debo traspasarla, quebrarla o derribarla como si fuera el emblema del fin de mi cotidianidad?”— revela que cruzar no es un gesto inocente. Traspasar implica aceptar. Derribar implica violentar. Quebrar implica alterar el orden de lo que se

conoce. El yo lírico no teme a Vri; teme a lo que cambiaría al atravesarla.

Cuando el poema pregunta —“¿*Quién eres, Vri de mí?*”— el desplazamiento es decisivo. Ya no se trata solo de quién es ella, sino de qué parte del yo se activa frente a su presencia. Vri no es únicamente destino: es revelación de lo que el sujeto todavía no termina de comprender de sí mismo.

La puerta se expande en múltiples posibilidades: “¿*Una puerta flotante para volver a ti o escapar de ti desde cualquier punto de la Tierra? / ¿Una puerta leve, una puerta donde anidan los pájaros, donde cruzan las balas perdidas, donde camina a ciegas el amor inmaduro?*”. No es un objeto fijo. Es un espacio atravesado por tensiones: refugio y peligro, origen y fuga, inocencia y herida.

El poema lo condensa con precisión: “*Una puerta, Vri, solo una puerta.*” Pero esa aparente simplicidad contiene todo. A un lado y otro no hay certezas, sino restos: “*las migajas de éxtasis que nunca recogí, los restos de los afectos extraviados, las esquirlas del combate en el que te perdí.*” El umbral no divide entre lo correcto y lo equivocado, sino entre lo vivido y lo que aún no se resuelve.

La puerta no permanece quieta: “*La puerta se desliza silenciosa por el aire, por el tiempo, por las geometrías umbilicales, por la esencia de vida que amamantas, Vri.*” Es un límite móvil. No espera. Se transforma. Y en ese movimiento obliga a decidir sin garantías.

Por eso se vuelve múltiple: *“Es una tentación, un llamado, una advertencia, una seducción.”* El amor aquí no orienta ni simplifica. Interpela. Mide. Expone.

Las preguntas finales — *“¿Puedo ir a verte? ¿Me estás esperando, Vri?”* — no buscan respuesta en el otro. Son una forma de tantear la propia disposición. Ir no es desplazarse: es atreverse.

El poema lo reconoce con claridad: *“Todo dependerá de los caprichos de Dios y de ti. / Pero, sobre todo, de mi capacidad de persuadirlos. / De mi destreza y mi discurso.”* La responsabilidad ya no está afuera. El amor deja de ser destino y se vuelve acto.

Y el cierre introduce la inquietud más honda: *“de mi temor de que el futuro solo sea una puerta que no hace ruido.”* No el fracaso, no la pérdida, sino algo más sutil: un amor sin estruendo, sin señal, sin confirmación. Un amor que no anuncia su llegada.

Vri 27 no atraviesa.

Contempla.

Y en esa contemplación detenida, el poema reconoce algo esencial: amar no es abrir cualquier puerta, ni derribarla por impulso, es saber si se está dispuesto a habitar lo que existe del otro lado.

Vri 28: Cuando Vri se vuelve mito



Nota de lectura

El amor que deja de pertenecer a dos
y empieza a existir en quien lo nombra.

Poema

Y aquí estoy, Vri, huérfano de tus mimos y de los planes compartidos, deambulando por la vida como un mendigo que hace tiempo no ha comido.

Qué manera más dolorosa esta de quererte desde el precipicio de mis inconsistencias, desde el desearte todo para no heredar nada.

Tanto insomnio alrededor de un recuerdo que se difumina en el aire de las calles tristes y hostiles.

Sé que no, que ya no, que este poema es el último de mis tantas disquisiciones acerca de ti como imaginación y como ser tangible.

Sé que ya no habrá más semanas conectadas por la esperanza, a veces una manera de estar pese a no estar y a veces una manera de llorar la dimensión de las urgencias imposibles.

La gente suele preguntarme por ti cuando lee una de mis cartas/poemas/ficciones alrededor de lo que he inventado de ti.

Yo les respondo que Vri es Vri y que existe en los ámbitos y en las voces que cada lector pueda ser capaz de construir desde la empatía con nuestras circunstancias, con la tuya que no conocen y con la mía que se mueve, ligera, entre el futuro y el no, entre el creer quién soy y no.

Ahora vago y divago desde el absurdo de las permanencias y las ilusiones trucas. Desde el río de certezas grises que bañan mis presentes.

Te extraño, Vri, desde mi pecado de exigir un lugar apacible en tu alma hasta mi escasez de realidad.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Vri 28 no es un estallido final. Es una comprensión. El amor ya no se debate entre quedarse o partir; empieza a reconocerse como relato. No hay súplica hacia el otro ni reclamo abierto. Hay conciencia.

El verso inicial —*“Y aquí estoy, Vri, huérfano de tus mimos y de los planes compartidos, deambulando por la vida como un mendigo que hace tiempo no ha comido”*— no convoca: se ubica. El yo lírico ya no llama ni exige. Se sitúa en un presente sin proyección clara, marcado por

una orfandad que no es solo afectiva, sino también de futuro. La imagen del mendigo no pide compasión; revela intemperie. Amar sin horizonte.

Cuando el poema dice —*“Qué manera más dolorosa esta de quererte desde el precipicio de mis inconsistencias, desde el desearte todo para no heredar nada”*— el conflicto deja de ser externo. No fue el tiempo ni la distancia lo decisivo, sino la propia fisura interior. Esa admisión no suena a culpa, sino a lucidez.

El momento clave ocurre cuando el hablante reconoce que este puede ser el último poema: *“Sé que no, que ya no, que este poema es el último de mis tantas disquisiciones acerca de ti”*. No es un gesto dramático. Es agotamiento. El amor deja de analizarse porque ya ha sido comprendido en su imposibilidad de resolverse.

Entonces sucede el giro más profundo del texto: Vri deja de ser únicamente experiencia íntima y se convierte en figura compartida. *“Yo les respondo que Vri es Vri y que existe en los ámbitos y en las voces que cada lector pueda ser capaz de construir...”*. No define: libera. La traslada del territorio privado al espacio simbólico. El mito comienza cuando la historia deja de pertenecer a quien la vivió y empieza a habitar la imaginación de otros.

Aquí el amor cambia de naturaleza. Ya no busca posesión ni destino. Se vuelve narración. Y en esa narración permanece.

El verso *“Ahora vago y divago desde el absurdo de las permanencias y las ilusiones trucas”* no expresa derrota.

Es continuidad sin promesa. El movimiento ya no busca llegar a algún lugar. Solo sostenerse.

El cierre —*“Te extraño, Vri, desde mi pecado de exigir un lugar apacible en tu alma hasta mi escasez de realidad”*— no reclama. Tampoco absuelve del todo. Reconoce. El amor ya no exige respuesta, pero sí admite su propia falta. Y en esa admisión se vuelve más verdadero.

Vri 28 no clausura el ciclo con solemnidad.

Lo aquieta.

Aquí Vri deja de ser solo mujer, ficción, deseo o ausencia.

Se vuelve mito.

Y el mito no necesita quedarse para existir.

Basta con que alguien lo nombre.

En ese gesto final, el amor no se pierde.

Se transforma.

La despedida

Poema 1: La conciencia del error



Me quedé abandonado en el desierto por donde
deambulan los corazones extraviados, Vri.

Por las calles choco con mis remordimientos y mis
preguntas y doy pasos equivocados en el aire a la
espera de tu presencia que ya no ocurrirá.

¿Tan mal lo hice, Vri? ¿Tanto amarte a la distancia
fue desgastando mis zapatos nuevos que te
anhelaban? ¿No sirvió quererte pese a que los días y

las noches sin ti fueron vacíos que traté de llenar con mis disquisiciones?

Qué absurda y vana fue mi estrategia de atraerte haciéndote falta, intentando que me extrañaras, que tu nostalgia hiciera que vinieses a estar conmigo.

Te he amado hasta morir y no fueron palabras, Vri: ahora estoy muriendo en medio de los pájaros oscuros que abrazan mi porvenir destartalado.

¿Extrañarte con la intensidad del vuelo de un avión o la serenidad móvil de un barco pudo ser una manera de estropear las ilusiones?

Fui feliz contigo a mi manera. Es cierto que deseé más de ti, siempre lo deseé. Pero me nutría del recuerdo de los instantes luminosos.

Quise más, Vri, pero sabía que no era posible. Quise más de tu alma cálida, Quise más de tus abrazos. Quise más de tu cuerpo en la pregunta de que mi cuerpo era tuyo.

Me equivoqué, Vri. No supe cómo expresar las prioridades de ti que centraban mis futuros. No supe cómo abrirte los abrazos seguros donde las decisiones valientes pudieran cobijarse.

Te amé desde la angustiosa contemplación del paso de los días y de los años y no tuve propuesta.

Debí anhelarte de otra forma, desde una soledad esperanzada, desde la certeza de que tú eras para siempre mi tú y mi centro esencial.

Creé en ti una dubitación permanente. Tenía que ofrecerte un nido de libertades.

Fallé, Vri. No fui capaz de decirle al mundo lo que eras para mí: la pasión que no existirá antes ni después, el punto más alto de todo el amor que nunca jamás había conocido.

Rubén Darío Buitrón

Poema 2: El amor que permanece



Te amo en cada incertidumbre y en cada ausencia,
Vri.

Te amo en tus días cuesta arriba y en tus días
atribulados.

Te amo en tus mejillas lagrimeantes y en tus dudas erosionadas.

Te amo cuando te quiebras y cuando ya no puedes más.

Te amo en el desconcierto y en la noche sin rostro.

Te amo cuando estás descubijada o cuando estás desteñida.

Te amo, Vri, como una luz bajo tus sombras indiferentes.

Te amo desde mis fragilidades y desde la fuerza de mi no ser.

Te amo en el mar adentro de todos tus anhelos.

Te amo en lo que significas y todo lo que significas.

Te amo en los entornos más hostiles y en los más complejos.

Te amo aunque haya momentos que no crees en mí.

Te amo aunque, a veces, no sea yo quien esperabas.

Solo recuerda que te amo ahora, Vri, no ayer ni mañana, que no esperaré morir para vivirte.

Rubén Darío Buitrón

Comentario



Dorys Rueda

Estos dos poemas no se enfrentan. Se sostienen. Son dos planos de una misma conciencia que ha terminado de comprender.

El primero habla desde la revisión. No desde la queja ni desde un abandono vacío, sino desde una lucidez que duele. Cuando el yo lírico pregunta — “*¿Tan mal lo hice, Vri?*”— no busca absolución. Se formula cuando ya no hay tribunal posible. Es una

interrogación interior, una mirada que vuelve sobre sí misma sin intentar justificarse.

La intemperie está dicha con claridad: *“Me quedé abandonado en el desierto por donde deambulan los corazones extraviados, Vri.”* El desierto no es escenografía: es estado. Y en ese estado, la conciencia reconoce algo decisivo: amar no fue suficiente. No porque el sentimiento faltara, sino porque no supo volverse forma, cobijo, decisión. El propio poema lo admite sin rodeos: *“Qué absurda y vana fue mi estrategia de atraerte haciéndote falta...”*.

Hay intensidad — *“ahora estoy muriendo en medio de los pájaros oscuros que abrazan mi porvenir destartado”*—, pero no se convierte en teatralidad. No busca conmover hacia afuera. Se sostiene hacia adentro, como una verdad que ya no necesita exagerarse.

El reconocimiento se vuelve más preciso: *“No supe cómo abrirte los abrazos seguros donde las decisiones valientes pudieran cobijarse.”* Aquí el error no es el amor, sino su forma. Y el poema lo comprende con una claridad que no acusa: *“Tenía que ofrecerte un nido de libertades.”* No hay reproche hacia Vri. Hay responsabilidad asumida.

El segundo poema no corrige al primero. Lo continúa. Después de la revisión, queda el sentimiento desnudo.

La repetición — *“Te amo en cada incertidumbre y en cada ausencia, Vri. / Te amo en tus días cuesta arriba y en tus días atribulados. / Te amo cuando te quiebras y cuando ya*

no puedes más...”— no es súplica ni intento de recuperar. Es una afirmación elegida. Amar aquí no significa retener ni esperar respuesta. Significa reconocer.

El amor se nombra incluso en la distancia y en la imperfección: *“Te amo aunque haya momentos que no crees en mí. / Te amo aunque, a veces, no sea yo quien esperabas.”* No hay condición. No hay exigencia. Solo permanencia.

Y el verso final lo deja en claro: *“Solo recuerda que te amo ahora, Vri, no ayer ni mañana, que no esperaré morir para vivirte.”* El amor ya no necesita futuro para validarse ni pasado para sostenerse. Existe en el presente, sin negociación.

Leídos juntos, estos poemas no dramatizan la despedida. La comprenden.

En el primero, el amor aprende responsabilidad.

En el segundo, aprende serenidad.

No hay contradicción entre reconocer el error y seguir amando.

Hay madurez.

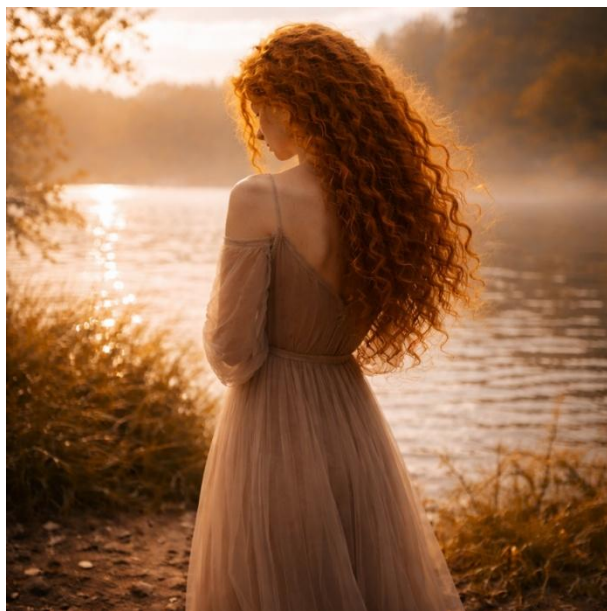
La despedida, entonces, no es ruptura ni redención.

Es conciencia.

Y desde esa conciencia, el amor no se borra ni se exagera.

Se deja estar —con su intensidad, sus límites y su verdad—como algo que ocurrió con plenitud y que, por eso mismo, ya no necesita defensa.

Lo que el poeta no dijo de Vri



Dorys Rueda

Hay una parte de Vri que no cabía en los versos.
No porque fuera secreta,
sino porque tenía otro ritmo.

No todo lo que vive en un vínculo necesita
pronunciarse.

Hay zonas que el poema apenas roza y otras
que decide respetar.

Lo que ella eligió guardar para sí no fue
omisión, fue medida.

Lo que no necesitó nombrar no era vacío, era respiración propia.

Hay algo que el poema no alcanza del todo: un gesto que no llegó a escribirse, una intuición suspendida, un fulgor que aparece solo cuando el lector vuelve y advierte que la emoción ya no es la misma.

Lo que el poeta no dijo de Vri no es carencia ni descuido.

Es la zona donde ella respira sola, donde no pertenece al verso ni al recuerdo, sino a su propia forma de estar.

Es la parte que no se entrega del todo, la que permanece encendida cuando el libro se cierra y el silencio continúa el relato.

Epílogo

“Algún día escribiré un libro sobre tus poemas”, me lo había dicho Dorys hace muchos años, cuando era una jovencita bachiller, nacida en Otavalo y residente en Quito.

Por mi lado, también imberbe, daba mis primeros pasos en el periodismo y en la poesía, y coincidimos en la empresa donde yo formaba parte de la sala de redacción y ella laboraba en el área administrativa.

Desde entonces quedó un vínculo en el tiempo. Como un eco persistente, sus palabras permanecieron en mí: un desafío, un reto, una posibilidad, una promesa.

Pasaron muchos años antes de que volviéramos a encontrarnos. Una tarde decidimos tomar un café y conversar sobre nuestras vidas. Dorys ya era docente universitaria de Literatura en la Universidad Católica, y yo había publicado mis libros y me dedicaba —hasta hoy— a lo que entendí como el sentido de mi vida: la poesía, el periodismo y la comunicación.

Hablamos de muchas cosas: recuerdos compartidos, el paso del tiempo y, por supuesto, de literatura.

Después de ese encuentro, volvimos a perdernos en el tiempo. Pasaron dos décadas hasta que, un día, nos reencontramos por redes sociales.

Para entonces, yo ya llevaba años escribiendo de manera constante. En mi perfil de Facebook había ido dejando, casi a diario, un poema: pequeñas escrituras nacidas de lo cotidiano, de la observación y de esa necesidad persistente de decir.

De ese ejercicio sostenido en el tiempo surgieron dos libros: *Leve es la vida que nos queda* (2021) y, en coautoría con la escritora Criss Ordóñez, un volumen en el que mis versos ocupan la mitad bajo el título *Dicen que mis demonios son inofensivos* (2023). En ese mismo espacio se han ido acumulando, además, cientos de poemas —quizá unos cuatrocientos— que forman parte de esa escritura diaria.

Y fue desde ese trayecto, ya tejido en el tiempo, que decidimos, juntos, hacer el libro que tantos años nos había esperado.

Quise, entonces, dar un paso atrás y dejar en manos de Dorys una decisión poco habitual: que eligiera, con absoluta libertad y sin mi intervención, los poemas que deseaba compilar y analizar.

La propuesta resultaba, en sí misma, original y desafiante: para nosotros, por el desplazamiento de la mirada autoral; y, sobre todo, para los lectores —no siempre acostumbrados a este formato—, por la manera en que los textos y las lecturas críticas dialogarían según su propio criterio.

Con respeto estético y riguroso sentido académico, Dorys seleccionó, entre los muchos

poemas publicados, un conjunto centrado en uno de los núcleos más significativos de mi obra: Vri.

Y así fue gestándose este libro que usted, lectora o lector, tiene hoy entre sus manos.

Ha sido un año de trabajo pormenorizado y minucioso, sostenido con dedicación. Dorys ha trabajado intensamente en este proyecto y mi compromiso no podía ser menor.

El resultado de este trabajo ha sido, para mí — y entiendo que también para Dorys—, un viaje alucinante y sorprendente, colmado de inteligencia, agudeza y sensibilidad. Ha sido, además, un reencuentro conmigo mismo: los comentarios y la estructura formal propuesta por Dorys han hecho que mis poemas adquieran un doble —o incluso triple— valor estético y humano, sobre todo humano.

Desde esa experiencia, solo me queda agradecer a Dorys por un trabajo tan profesional como profundo. Su tarea interpretativa —compleja por naturaleza— ha sido realizada con gran acierto: en sus lecturas y análisis ha sabido mantenerse a distancia de la persona (yo) y, al mismo tiempo, muy cerca de ese no yo que habita en mis poemas, la voz poética. A ello se suman su impulso, su tenacidad, su persistencia y su firme motivación para llevar este libro a su realización. Y, sobre todo, su confianza en mi literatura.

Esa confianza no nació ahora: viene de lejos, de aquel primer gesto —casi una intuición— que supo ver en la escritura algo más que una posibilidad; una

forma de señalar un camino que entonces aún no estaba del todo claro.

Podría asegurar que Dorys fue una de las primeras personas en intuir que una de las esencias de mi vida sería escribir poemas. Sin modestia —porque no es mi característica—, me siento orgulloso de lo que hemos logrado.

Cierro con las reflexiones del escritor húngaro-canadiense Stephen Vizinczey, que las hago mías:

“La modestia es una excusa para la chapucería, la pereza, la complacencia. Las ambiciones pequeñas suscitan esfuerzos pequeños. Intenta, siempre, ser distinto, dejar huellas, ser único. No dejes que nadie te diga que escribir es perder el tiempo. Yo sueño despierto con mis personajes, con mis sentimientos, con los sentimientos ajenos y las experiencias de los demás, sus luchas, sus amores, sus vidas. Intento escribir desde ellos, no desde mí”.

Rubén Darío Buitrón

Quito, abril de 2026

Los autores

Rubén Darío Buitrón

Quito, 1966

Es una de las voces más significativas del periodismo y la literatura ecuatoriana contemporánea.

Con más de tres décadas dedicadas al oficio, ha construido una trayectoria que une la precisión del reportero, la sensibilidad del poeta y la mirada ética del maestro. Su obra —entre la crónica, la poesía, el cuento y el ensayo— se inscribe en lo que él mismo denomina *periodismo poético*: un puente entre la verdad de los hechos y la hondura de la experiencia humana.

Se formó en Comunicación Social en la Universidad Central del Ecuador y obtuvo una maestría en Periodismo Digital por la Universidad de Alcalá, en España. Su camino literario se consolidó en el Taller de Literatura de Miguel Donoso Pareja, donde comprendió que la palabra no solo nombra, sino que transforma. Desde entonces ha construido un estilo propio que combina humanidad, rigor y belleza.

Su carrera periodística lo llevó a ejercer la edición general en los principales diarios del país —*El Universo*, *El Comercio* y *Expreso*—, experiencia que lo convirtió en referente para varias generaciones de periodistas.

Ha sido docente invitado y asesor editorial en universidades y medios de distintas regiones del Ecuador, aportando no solo conocimiento técnico, sino también una visión ética de la escritura y del relato.

Como fundador de proyectos que hoy sostienen la memoria y la renovación del oficio — loscronistas.org, Notimercio y la Escuela de Cronistas del Ecuador—, Rubén Darío Buitrón ha impulsado espacios de formación donde la palabra se trabaja como disciplina y como libertad. Su labor ha sido reconocida internacionalmente por su aporte al periodismo narrativo latinoamericano.

Autor (hasta ahora) de trece libros, su obra abarca el cuento (*Instrucciones para llegar al orgasmo*, 1987), la crónica y el ensayo (*Absurdos cotidianos*, 1998; *Periodismo por dentro*, 2004–2005; *Veinte años del Premio Jorge Mantilla Ortega*, 2012; *Batallas personales*, 2014) y la poesía (*Este mundo gris lleno de ratas*, 1997; *Nada más profundo que tu noche*, 2007–2010; *Oscuridad de las luciérnagas*, 2018; *Leve es la vida que nos queda*, 2021; *Dicen que mis demonios son inofensivos*, 2023). También figura en diversas antologías que han marcado la literatura ecuatoriana de finales del siglo XX y comienzos del XXI.

Su trayectoria ha sido distinguida con premios nacionales de cuento y periodismo, así como con reconocimientos que valoran su integridad profesional y su contribución al pensamiento crítico. En 2025, el

Comité Internacional de *Fashion Art & People* le otorgó el Starlight Award 2025 – Premio Especial, en reconocimiento a su talento creativo y a su aporte significativo al desarrollo y la difusión del arte y la cultura.

Más allá de los galardones, su influencia se percibe en las voces jóvenes que lo reconocen como guía, en los lectores que encuentran en él una mirada humana y en los colegas que lo consideran un referente ético.

Para Rubén Darío Buitrón, la palabra es un territorio de resistencia y de luz: una forma de comprender la vida y de ofrecer al lector una verdad que no hiere, sino que humaniza.

Su obra —entre la memoria, la emoción y la claridad del oficio— ha ampliado los caminos del periodismo narrativo en el Ecuador y ha sumado al país una voz que escribe desde la honestidad, la sensibilidad y la búsqueda permanente de sentido.

En sus propias palabras:

“He escrito porque siempre he leído y porque siempre he sentido. Y sé que lo uno no puede estar sin lo otro. En la palabra encontré un lugar para comprender la vida y para ofrecerle, cuando puedo, cuando lo trabajo, algo de su propio misterio y de su propio existir y su no existir”.

Dorys Margarita Rueda Rodríguez

Otavalo, 1961.

Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana. Su formación en Letras y Castellano, sumada a sus maestrías en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y en Literatura Infantil y Juvenil, ha dado forma a una trayectoria donde la palabra es puente entre la pedagogía, la memoria cultural y la creación literaria. Posee, además, una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en Diseño Curricular, lo que ha fortalecido su visión humanista del aprendizaje y su compromiso con la educación en el país.

En 2013 fundó *El Mundo de la Reflexión*, un sitio web dedicado a fomentar la lectura y la escritura, difundir la tradición oral del Ecuador y recoger reflexiones de estudiantes y docentes. Con el tiempo, este espacio se ha convertido en una comunidad viva donde convergen la literatura, la educación y la memoria colectiva.

En coherencia con esa vocación, ha publicado obras que recorren las leyendas, las historias locales, las voces femeninas y la sensibilidad cultural de su tierra. Entre sus libros dedicados a la tradición oral y la identidad ecuatoriana destacan: *Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo* (2021), *Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo* (2021), *11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-Inglés* (2022), *Leyendas, historias y*

casos de mi tierra Ecuador (2023) y *12 Voces Femeninas de Otavalo* (2024).

En el ámbito del comentario poético ha publicado *Entre Versos y Líneas* (2025) y, en el de la reflexión literaria, *Reflexiones* (2025), un volumen de narrativa poética que recoge sensibilidades, silencios y meditaciones nacidas de la lectura y de la vida.

Es autora también de *Cuentos de sueños y sombra* (2025), obra que explora el vínculo entre imaginación, memoria y lenguaje, y ha incursionado en la literatura infantil con *Leyendas del Ecuador para niños* (2025). Asimismo, publicó *Entrevistas* (2025), un libro de perfiles construido desde el periodismo narrativo, donde una mirada humana y atenta revela la singularidad de quienes integran el mosaico cultural del país.

Desde 2020 ha reunido a escritores de distintas generaciones en proyectos colaborativos que celebran la identidad y la narración ecuatoriana, dando origen a obras como *Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo* (tres tomos), *Leyendas y Versos de Otavalo* (2024), *Rincones de Otavalo, leyendas y poemas* (2024) e *Historias para recordar* (2025).

Su labor ha sido reconocida por diversas instituciones. En 2021, el Municipio de Otavalo le rindió un homenaje por su aporte al desarrollo cultural de la ciudad; en 2024 fue nombrada una de las veinticinco mujeres otavaleñas más destacadas por su trayectoria y recibió una placa conmemorativa de la

Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Núcleo de Imbabura. Asimismo, ha sido merecedora de dos Medallas al Mérito Cultural, otorgadas por la Cámara de Comercio de Otavalo en 2024 y 2025.

En reconocimiento a su incansable dedicación a la difusión de la cultura ecuatoriana y a la preservación de las leyendas que conforman el patrimonio ancestral del país, el Comité Internacional de Fashion Art & People le otorgó el *Starlight Award 2025 – Premio Especial*, distinción que destaca su compromiso sostenido con la memoria cultural y la transmisión de saberes.

Para Dorys, la escritura es una forma de comunidad y de memoria; un modo de preservar lo que se cuenta al calor de la voz y de iluminar aquello que los días no alcanzan a explicar. Su obra busca que lectores —jóvenes, maestros o curiosos— encuentren en las palabras un territorio donde habitan la verdad, la imaginación y la belleza.

Vri no es únicamente un personaje poético.

Tampoco es solo una mujer.

Es una presencia que cambia con cada poema y con cada lectura.

A veces es memoria.

A veces deseo.

A veces ausencia.

Y, en otras ocasiones, termina pareciéndose a quien la está leyendo.

Este libro reúne treinta y un poemas de Rubén Darío Buitrón y una lectura crítica de Dorys Rueda que no pretende explicar la poesía, sino acompañarla. Cada texto abre un nuevo camino para comprender a Vri desde la emoción, el lenguaje, los símbolos y la experiencia humana.

Más que un libro sobre un personaje, esta obra propone una conversación entre la creación y la lectura; entre quien escribe y quien vuelve a escribir desde la interpretación.

Porque Vri nunca permanece igual. Cambia con cada página.

Y, al final, también cambia al lector.